

# Ortega y Gasset ante la polémica de la ciencia española en Argentina

Marta Campomar

## Resumen

La polémica de la ciencia española es una controversia de larga data que comenzó antes de la Revolución Francesa, cerrándose al final del nacional-catolicismo franquista. Tuvo su momento de confrontación más acentuado en 1876 en el choque de dos Españas, la tradicionalista de Menéndez Pelayo y la liberal progresista del Krausismo español. Esta polémica se instaló en los círculos intelectuales y en las colectividades españolas de Argentina, resurgiendo del imaginario colectivo al fundarse la Institución Cultural Española entidad cultural y científica que despertó airadas respuestas del positivismo universitario durante los cursos de Ortega y Gasset en 1916 negando la existencia de ciencia en España. La polémica continuó en el agresivo ambiente de la Guerra Civil española cuando Ortega y otros colegas de la Cultural intentaron retomar su labor docente y el diálogo argentino en las difíciles épocas de exilio internacional.

## Palabras clave

Ortega y Gasset, Polémica de la ciencia española, Menéndez Pelayo, Institución Cultural Española, Argentina, Avelino Gutiérrez

## Abstract

What is known as the Polemic on Spanish Science is a long controversy which dates back to the period of the French Revolution until it finally closes up at the end of Franco's national Catholicism. It reached its maximum peak of confrontation in 1876 in the ideological clash between Menéndez Pelayo's traditional Spain and the liberal movement known as Spanish Krausismo. This polemic travelled to the intellectual circles and Spanish communities of Argentina and revived with the foundation of the Institución Cultural Española. It provoked during Ortega y Gasset's Courses in 1916 resentment in university circles amongst the followers of Argentina's national positivism which denied the existence of Spanish science. It continued during the period of the Spanish Civil War when Ortega and other professors of the Cultural continued to exercise their intellectual influence during the difficult times of international exile.

## Keywords

Ortega y Gasset, Polemic on Spanish Science, Menéndez Pelayo, Institución Cultural Española, Argentina, Avelino Gutiérrez

La polémica de la ciencia española fue una discusión de larga data con aristas ideológicas que trascendieron las fronteras de España. La América hispana no quedaría excluida del debate ya que las múltiples Españas extendidas por todo el continente americano, llevaban sobre sus es-

### Cómo citar este artículo:

Campomar, M. (2008). Ortega y Gasset ante la polémica de la ciencia española en Argentina. *Revista de Estudios Orteguianos*, (16/17), 175-223.  
<https://doi.org/10.63487/reo.566>

Revista de  
Estudios Orteguianos  
N° 16/17. 2008  
mayo y noviembre



paldas la conciencia de la decadencia española juzgada por ciudadanos nativos o por corrientes nacionalistas de tendencia hispanófoba. Nadie entendió mejor este proceso que Ortega y Gasset cuando desde la Argentina en 1939, para los veinticinco años de la Institución Cultural Española, al trazar la curva histórica entre la madre Patria y los pueblos transatlánticos, ex colonias de España, daba a entender que lo que han hecho siempre los pueblos que se independizan y conquistan su libertad es dar vuelta la espalda a la Metrópoli, volviéndose suspicaces y hostiles hacia ella.

En la línea comba de la historia de las relaciones entre España y Argentina, Ortega detectaba –como en toda trayectoria humana– vicisitudes históricas que oscilaban entre el esplendor y la miseria indicando que “somos algo común en todo tiempo, en la hora feliz como en la amargura” y que lo que compartían era el tesoro de un pasado consabido “de lo que hemos vivido juntos, de lo nuestro por ustedes, de lo de ustedes por nosotros” que nadie puede quitar “ni siquiera nuestra propia voluntad”<sup>1</sup>. Y entre esas heridas y cicatrices compartidas, existía en el fondo del alma argentina y de la colectividad española, la conciencia del atraso científico, cultural y económico español, pesada herencia bajo la cual –como dejaría dicho Mario Goroztázu desde la revista de la Patriótica en 1903–, todo residente español vivía agobiado por la angustia del mito “que somos un pueblo sin energía como España, sin aliento, como España, sin ideales en el presente y en el futuro”<sup>2</sup>. Otra pluma brillante de la colectividad afirmaba: “No nos demos por satisfechos con que España renazca vigorosamente en América; trabajemos para que renazca también en España”<sup>3</sup>. Este comentario aparecía en 1907 en la revista *España* de la Patriótica Española, frase de Enrique Vera González, español residente en Argentina, periodista de origen burgalés y autor de varios artículos sobre “La enfermedad de España y su tratamiento”<sup>4</sup> y “La Leyenda Negra”, que según decía Luis Araquistain desde la misma revista en 1911 “no acaba de morir”, cosechando los ingleses el beneficio del abandono español<sup>5</sup>.

<sup>1</sup> “Brindis en la Institución Cultural Española de Buenos Aires” (1939). V, 448.

<sup>2</sup> M. GOROZTARZU, “Herencia Española”, *Revista España de la Asociación Patriótica Española de Argentina*, 2 de noviembre, 1903. Los artículos citados serán de esta fuente periodística de la colectividad de Buenos Aires.

<sup>3</sup> E. VERA GONZÁLEZ, “La Enfermedad de España y su Tratamiento”, *España*, 10-17 de febrero, 1907. Este español nacido en Burgos (1861) de larga carrera periodística en Madrid y aguda inteligencia científica y literaria, llegó a Argentina en 1896. Perteneció al ambiente krausista y fue colaborador de Atienza y Medrano desde la *Revista España*. Para un perfil biográfico más completo ver artículo de Martín DEDEU, *Hispania*, 16 de septiembre, 1911, núm. 262, año VI, pp. 822-825.

<sup>4</sup> *Id.*

<sup>5</sup> L. ARAQUISTAIN, “Cómo se nos juzga”, *Hispania*, 1 de julio, 1911.

La polémica de la ciencia española tenía su origen en la famosa frase de Masson de Morvilliers en la *Encyclopédie Méthodique* de París en 1782 donde se preguntaba qué se debe a España “desde hace dos siglos, desde hace cuatro, desde hace seis, ¿qué ha hecho por Europa?”. El comentario de que España se asemejaba a esas colonias débiles que necesitaban del brazo protector de la Metrópoli se reducía a otra hipótesis: “es preciso ayudarle con nuestras artes, con nuestros descubrimientos; también se parece a los enfermos desesperados, quienes sin sentir su enfermedad rechazan los brazos que les aportan la vida”<sup>6</sup>. El veredicto francés sellaba la suerte de España como pueblo indolente, perezoso, de celo religioso inquisitorial, que excluía a autores protestantes y necesitaba del permiso de los frailes para leer y pensar. No era nación propicia para la ciencia o para que florecieran científicos. Sin matemáticos, físicos, astrónomos o naturalistas, su decadencia se debía a la falta de técnica y al fracaso mercantil, aprovechando el resto de Europa para beneficiarse del comercio con América haciendo pasar por otras manos las riquezas del Nuevo Mundo. A este escenario, Masson añadía el comentario que sería un acontecimiento singular: “si América se sacudiese el yugo de España y, por un hábil virrey de las Indias, tomara el partido de los americanos y los mantuviese en su potencia y en su genio”<sup>7</sup>. Reconocía Masson que se estaba lejos de esta revolución pero siendo el imperio de la fortuna muy amplio, podría darse en cualquier momento dicha emancipación.

El ruido de esta polémica que se inicia antes de la Revolución Francesa y que provocó una airada respuesta de la España oficial se apagó momentáneamente hasta que en 1876 se reinicia con una violenta confrontación ideológica entre Marcelino Menéndez Pelayo –portavoz del sector tradicionalista– y los krausistas. A este sector krausista desde la América hispana se le tenía como representantes de la ciencia liberal positivista, quizás la única ciencia posible en un ambiente de decadente parálisis intelectual.

Don Marcelino discrepaba con esta apreciación, declarando que el engendro filosófico del krausismo –importado desde Alemania por Julián Sanz del Río– no era ciencia innovadora y mucho menos libre ya que la imponía desde la cátedra de metafísica de la Universidad Central de Madrid Nicolás Salmerón a todos sus alumnos. Para escapar de su irritante oscurantismo se retiró de la Central, concluyendo su doctorado desde Valladolid. Se quejaba este joven estudiante santanderino de que no se conocía en España la verdadera filosofía germana a la que

<sup>6</sup> Citamos de *La polémica de la ciencia española*. Madrid: Alianza, 1970, pp. 47-53. N. MASSON DE MORVILLIERS, *España*, cita p. 52.

<sup>7</sup> *Ib.*, p. 48.

sí tendría acceso Ortega en sus estudios en Alemania. Menos conocido todavía fue el enfrentamiento de Menéndez Pelayo con el tomismo de su época, en el cual la polémica sobre la ciencia española adquirió un doble frente combativo. El tomismo tanto como el krausismo aparecían ambos como modelos paralizadores para un futuro filosófico más auspicioso. La tesis más controvertida de la polémica de la ciencia española a mediados del siglo XIX, la que silenció el franquismo, pasaba precisamente por el predominio de la escolástica en las universidades españolas que habría conducido al declive científico de los españoles.

Aún antes de que Ortega se iniciara en la filosofía, la polémica habría adquirido varias facetas ideológicas en que se mezclaban conceptos cientificistas con aspiraciones e ideales democráticos. El propio don Marcelino en 1894, al analizar nuevamente el asunto del “Esplendor y decadencia de la cultura científica española” desde la revista *La España Moderna* y alejado ya de una postura militante, llega a la conclusión de que una concatenación de causas y efectos condujeron a la penuria científica española. No siendo lo religioso la causa principal, se concentró en la falta de sentido práctico o desinterés por lo especulativo, quedándose España manca de ciencia experimental.

Reconocía don Marcelino que, a fines del siglo XIX, España estaba menos dentro de Europa que en el siglo de la Ilustración. Admitía que lo que condicionó el genio español para la investigación científica fue la falta de continuidad, la carencia de memoria nacional científica y el desprecio por el conocimiento técnico. No bastaba la tolerancia del liberalismo vulgar para producir ciencia, como pretendían los modernos demócratas o los idealizadores del krausismo. Ni las hogueras, ni la vida pastoril, ni el *cuco* de los curas fanatizados, ni el falso y romántico concepto que se tenía del pueblo español, ni el jesuitismo de retórica de colegio, explicaban a fondo el problema que —en su opinión— tenía que ver más con el orden puramente intelectual que con los consabidos mitos de ideologías contrapuestas. Don Marcelino se inclinaba hacia la tesis del desinterés científico derivado de una actitud utilitarista hacia la vida. Faltaba un noble y desinteresado cultivo de la ciencia más allá del concepto de para qué sirve esta u otra rama del saber. Este mismo defecto lo encontrará Ortega en el utilitarismo agro-ganadero de los argentinos.

Con su usual ironía, comentaba Menéndez Pelayo que no era el idealismo romántico lo que limitaba el genio científico español, ni su tendencia al arte o la literatura, ni siquiera el soñado influjo de los liberales acerca de la Inquisición, sino el rudo empirismo o utilitarismo pragmático, “eso que hoy con alusión a los yankees se llama americanismo”. Los españoles al dejar de seguir la cadena de los descubrimientos teóricos “sin los cuales la práctica tiene que permanecer estacionaria, la decadencia vino rápida e irremisible, matando de un golpe la teoría y la práctica”<sup>8</sup>. El fuego sagrado se apagó a lo largo de la histo-

ria por el desamparo en que yacían las ciencias en las universidades donde subsistían como cenicientas en sus facultades. Los gobiernos no daban medios de trabajo ni alentaban al científico de laboratorio. El apoyo era tan precario que aun desde las colectividades de América a principios de siglo no se sentía el incentivo para realizar intercambios científicos y culturales con la Madre Patria.

No era solamente don Marcelino el que se quejaba del precario presupuesto científico español, y se lamentaba de que la pura investigación no era fomentada con cariño y afición. Desde varios sectores de España se levantaban voces en esta dirección. Sufrían la dignidad del magisterio, la cátedra universitaria, los programas de estudio y los intercambios estudiantiles. Don Marcelino, con su ancha retina histórica, apuntaba también al sistema de oposiciones y a cómo se practicaban en otras partes del mundo con medios de investigación adecuados la libertad de examen sin censura. Sin embargo, lo que más influía era la falta de respeto por las cosas científicas. En 1894 afirmaba que todavía no había sonado la hora de la regeneración científica en su país. No había comenzado desinteresadamente “la sublime utilidad de la ciencia útil”, la misma que haría que España liquidara su imperio en 1898 a manos de la superioridad mecánica naval de los norteamericanos.

José Carracido, interviniendo en la polémica en 1911, hará referencia a este resurgir tecnológico del emporio norteamericano que prematuramente consideraba que el mundo era suyo. Nuevas gentes intrépidas estarían generando matices sociales, empresas militares y una obra progresiva de humanidad que se adueñaba del mercado internacional. La situación generaba cada día en España un examen de conciencia más profundo respecto incluso de la guerra comercial y las conquistas del *business* anglosajón. Y mientras el mundo cambiaba, los españoles seguían adheridos a su “quijotismo” trasnochado. Carracido planteaba que una nación sin ciencia era nación muerta<sup>9</sup>. Desde Argentina, la pérdida del imperio frente al utilitarismo yanqui habría dejado su marca profunda en el continente sudamericano que temía la amenaza del armamentismo del Norte. La colectividad española en 1904 advertía, en la pluma de Atienza y Medrano, que las naciones hispanoamericanas debían tener cuidado con las numerosas variaciones de la doctrina Monroe que estaría tomando la orientación de “América para los Americanos del norte”<sup>10</sup>. La supremacía tecnológica norteamericana no dejaba de estar presente en esta polémica de múltiples facetas.

<sup>8</sup> M. MENÉNDEZ PELAYO, “*Esplendor y decadencia de la cultura científica española*” (1894). *La polémica*, Alianza, pp. 311-350, cita p. 347.

<sup>9</sup> J. R. CARRACIDO, “*El Problema de la investigación científica en España*” (1911). *La polémica*, ob. cit. pp. 434-457.

<sup>10</sup> A. ATIENZA Y MEDRANO, “*El derecho de Gentes. En las Ideas y en los Hechos*”, España, 2 de abril, 1904, p. 4.

Innumerables escritores españoles, científicos y literatos dejaron caer sus opiniones sobre el problema cultural y educativo de España. Proponían múltiples “remedios”, causas y efectos. Desde la prensa y en discursos académicos, se recorría la historia de España para desechar o corroborar argumentos, defendiendo o criticando las limitaciones del Estado, la Universidad, la ciencia nacional, o el medio intelectual. Ante todo, se analizaba la ausencia de una cultura filosófica y científica debido al escaso espíritu analítico y la poca curiosidad del español. Hasta las condiciones orgánicas de la raza hispana aparecían como favorables o desfavorables para la labor o cultura científica. Había quienes hurgaban en las causas históricas del Medioevo, el Renacimiento, la Ilustración o la edad moderna decimonónica. La historia servía para detectar las condiciones accidentales que mantenían al español detrás de las vanguardias científicas europeas ya que muchos consideraban a la raza española tan apta para la labor científica como sus pares continentales.

Santiago Ramón y Cajal, en su discurso de ingreso a la Real Academia de Ciencias en 1897, atribuía el fenómeno no a la decadencia española sino al atraso intelectual del país. Apuntaba, como don Marcelino, “al practicismo estrecho” del español que no fecundaba ideas profundas. Rescataba de su previo análisis el comentario de que no había entre los españoles continuidad científica. A la mezquindad teórica deplorable, se le añadía la falta de una pirámide de investigadores que generara un Newton o Galileo, una legión de científicos estimables más allá del genio aislado. La religión y la política, sin duda, tenían responsabilidades en esta situación al no contribuir a ensanchar los horizontes del espíritu. Admitía Ramón y Cajal que las naciones del centro y norte de Europa se habían adelantado prodigiosamente, dejando a España muy detrás. Pero no consideraba al pueblo español ni a la raza hispana incapaz de espíritu científico ni que estuviera la ciencia del todo ausente de la Península.

Las palabras de quien sería en 1907 el presidente de la Junta para Ampliación de Estudios —e inspiración de Avelino Gutiérrez, primer presidente de la Institución Cultural Española y fundador a su vez de la cátedra Cajal para científicos en la Universidad de Buenos Aires (1924)— trascenderían las fronteras del Atlántico: Con relación al atraso español respecto del resto de Europa decía Cajal: “Úrgenos, pues, alcanzarlos corriendo vertiginosamente para colaborar en la medida de nuestra escasa población y del exiguo sobrante de nuestras energías morales y económicas en la obra de la conquista de la Naturaleza”<sup>11</sup>. El remedio implicaba elevar el nivel intelectual de las masas, educarlas en institu-

<sup>11</sup> S. RAMÓN Y CAJAL, Discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias, 5 de diciembre de 1897, *Deberes del Estado en relación con la producción científica*, *La polémica*, pp. 373-393, cita p. 376.

tos, transformar la Universidad en centro de impulsión intelectual al modo de Alemania, para ser centro de producción filosófica, científica e industrial. La propuesta era formar y cultivar profesores eméritos mediante pensionados en el extranjero que pudieran transmitir a los jóvenes la pasión por la investigación original. No deja de recorrer Ramón y Cajal las hipótesis sobre el atraso español atribuidas a la historia de España, a la política, al fanatismo religioso, sin dejar de mencionar que hubo heterodoxos y librepensadores en España y fuera de ella. Cierta tolerancia reinaba entre los españoles contemporáneos incorporando en los ligeros avances y poca ciencia a las repúblicas sudamericanas “donde la despreocupación dogmática es acaso mayor que entre nosotros, viven sobre poco más o menos, en el mismo plano cultural”<sup>12</sup>. Ramón y Cajal no suscribe a la bancarrota científica de una raza latina más proclive a las artes que a las ciencias puras pero admite respecto de la América hispana responsabilidades coloniales.

Ya en este discurso de Cajal del 97, se mencionaba específicamente la hipótesis del orgullo, de la arrogancia de los españoles vista desde el extranjero como impedimento para admitir su decadencia, e incluía a no pocos hispanoamericanos opinando al respecto. Nombra explícitamente –entre estos americanos críticos– al científico argentino Augusto Bunge, médico y sociólogo socialista, acérrimo enemigo de España, achacando el atraso español a este defecto del carácter nacional. Sin duda, este irritante sentimiento aristocrático que conducía a repudiar otras razas y otras contribuciones científicas, industriales y comerciales, subsistía en el subconsciente sudamericano y golpearía indirectamente en su momento a Ortega y Gasset en 1916. El sector al acecho sería el del incipiente positivismo argentino de los Bunge, Ingenieros, Palcos y compañía, atentos a la ciencia europea sin España.

Antes del desastre del 98, Ramón y Cajal atribuía la causa fulminante del retraso cultural español al enquistamiento espiritual de la Península. Debido al sopor del éxtasis religioso e imperial, España con su terror a lo nuevo, a lo extranjero, se replegó en una reclusión mental deplorable. Parte de ello se debió –como habían puntualizado Benito Feijoo y Menéndez Pelayo– a las sutilezas escolásticas, a la mística y el culteranismo que aislaron a España del impulso europeo. Se profesaba una ciencia muerta de repetidores y se ignoraba la ciencia viva. Cajal cita a Castillejo como uno de los apóstoles más fervientes y desinteresados del renacimiento intelectual español actual, quien opinaba que los florecimientos culturales eran producto del contacto con civilizaciones diferentes. Con el tiempo, esta fecundación regeneradora llegaría, por medio de la Cultural, a los argentinos, fecundación que levantó suspicacias criollas duran-

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 389.

te la vista de Ortega al ocupar la cátedra de Menéndez Pelayo en la Facultad de Buenos Aires.

Esta palmaria verdad de la fecundación intelectual inmediata estaría en el centro mismo del andamiaje que levantaron Cajal y Castillejo desde la Junta en Madrid y Avelino Gutiérrez en Buenos Aires. La consigna era europeizar rápidamente al catedrático, al discípulo y a una nación entera. Nadie más apto para llevar a cabo la misión de desenvolver el germen recibido desde el extranjero para acrecentar el patrimonio científico nacional que el joven Ortega y Gasset, becado por la *Junta* y formado en Alemania. Pero al argentino positivista no le caería del todo bien esta inoculación de la ciencia europea vía España, por considerarla insuficiente o inexistente.

Cajal, en su discurso, vislumbra que desde América del Norte con poderosos institutos como el Rockefeller y también desde el Sur, se estarían cultivando las ciencias puras. Chile y Argentina aparecen en su lista de asombrosos florecimientos que no han sido de lenta evolución sino que se han dado como revolución desde arriba. España –crisol de razas americanas, donde se fundieron todas las razas europeas–, no podía ser menos en la fecundación del germen científico que sus colonias de América le reclamaban.

El espíritu del discurso de Cajal era ya un anticipo de lo que sería el intercambio científico-cultural que se dio en 1912 entre Madrid y Buenos Aires. Pero, como todo plan salvador y para aplicar una terapéutica regeneradora eficiente, las panaceas requerían reglas claras, lo que Cajal llamaba “el anillo docente” eficazmente controlado por el Estado. El proceso en América del Sur tuvo varias etapas, anteriores incluso a la fundación de la Junta en 1907. Hubo muchos proyectos e intentos de intercambio hispano-argentino que no prosperaron, no pasaron del papel o de los banquetes desde la España oficial. Entre los protagonistas de esta larga lucha reformista habría que rescatar los esfuerzos de un gran krausista andaluz radicado desde 1887 en Argentina, Antonio Atienza y Medrano y sus colaboradores de la revista *España* de la Patriótica Española, Enrique Vera González y Alfredo Calderón.

Provenientes del sector krausista, estos periodistas mediaron en varias oportunidades con dos grandes españoles involucrados en estos primeros ensayos de intercambio cultural y científico: nos referimos a Rafael Altamira y a Adolfo Posada. Cuando ambos visitaron Argentina, pasaron por la casa de Avelino Gutiérrez en la calle Rodríguez Peña. Su presencia ponía en el centro de dichas gestiones al sector de la universidad de Oviedo con quien Avelino habría tomado contacto a principios de siglo por tener noticias de que eran un sector de avanzada en la actividad científica de su país. Tampoco debería olvidarse que Atienza envió a Francisco Grandmontaigne en 1904 a sacudir la modorra intelectual y comercial de la periferia, con una serie de conferencias en Bilbao y Ca-

taluña donde se hacía hincapié en el mismo mensaje de Masson de Morvilliers: La Madre Patria desaprovechaba el fructífero intercambio comercial con las colonias y mientras se cerraba en su asfixia política e intelectual, otros extranjeros –sobre todo, norteamericanos– ganaban terreno en el reclutamiento de intelectuales argentinos<sup>13</sup>. En esta contienda con Grandmontaigne intervino *El Imparcial*, y el mismísimo Ortega Munilla a quien desde Argentina se juzgó por su reacción conservadora frente a la gran sacudida transatlántica defendida en aquel entonces por el joven Maeztu<sup>14</sup>.

La actuación de Atienza como presidente de la Patriótica en 1903 y como fundador de la revista *España* para estas mismas fechas, merece especial atención porque de su pluma surge la campaña más consistente por parte de la colectividad española para hacer frente al “problema de España”. La enfermedad de España a todo nivel era obsesión permanente entre los residentes españoles del Río de la Plata. Les acongojaba la parálisis científica, cultural, comercial y diplomática de la Península. El alma española en América sufría los efectos de la derrota humillante del 98 que aglutinó a la dispersa colectividad en la Asociación Patriótica fundada en 1896 para reivindicar el honor de España y alzar su voz contra la invasión en Cuba y la pérdida de Filipinas a manos de los norteamericanos. La conciencia de la decadencia española en América del Sur encontraba en estos hechos un disparador crítico hacia la Madre Patria. En el público criollo crecían las fobias antiespañolas con planos sentimentales difíciles de manejar.

No sería sencillo conservar las raíces españolas y el orgullo de raza con una Madre Patria que le daba la espalda a sus hijos inmigrantes y con un Estado nacional argentino que exigía rápidas transformaciones de identidad. Atienza era perfectamente consciente de que al problema del aluvión inmigratorio –que se disputaba en América el pan, el trabajo y el porvenir–, se le podía añadir la enfermedad de España que despedía masas analfabetas hacia América poniendo en evidencia la precaria situación de su país de origen. Antes de que el joven Ortega pusiera en marcha sus antenas críticas contra el sistema obsoleto de la Restauración, estos españoles de ultramar –estimulados por Altamira, Posada, Unamuno, Blasco Ibáñez, Rafael María de Labra, Luis Araquistain, José

<sup>13</sup> Bajo el título de “Un embajador a la moderna”, la revista *España* del 23 de septiembre de 1903 informaba sobre el viaje de Francisco Grandmontaigne a la Península. Las conferencias se publicaron en la revista *España* el 2 y 9 de diciembre de 1903 bajo el título de “Falsa alarmas. Restablecimiento de la Verdad”.

<sup>14</sup> En otra serie de artículos en la misma revista con el título de “España enardecida” del 9, 16 y 23 de febrero de 1904, aparece el sarcástico comentario de Grandmontaigne contra *El Imparcial* y su director, Ortega Munilla (9 de febrero). En “Iniciativas Prácticas” del 2 de octubre de 1903 se publica la defensa de Ramiro de Maeztu.

María Salaverría, Ramiro de Maeztu—, ya enumeraban desde América las fallencias del gobierno y sus partidos de turno. La inconsciencia de España, que tanto preocupaba al joven Ortega desde *El Imparcial* en 1906, se traducía en una romántica e indisciplinada ciencia ganando incertidumbre a brincos en medio de pasiones acaloradas, sentimentalismo y barbarie<sup>15</sup>. Era ciencia atrevida y errabunda sin andar fijo en la ciencia universal. No estarían lejos de esta definición orteguiana muchas mentes positivistas argentinas que desconfiaban de los méritos científicos hispanos a todo nivel.

A principios de siglo, el panorama era sombrío. Entre las quejas que emergen de la pluma del Ortega reformista aparecen mujeres sin rostros maravillados, jesuitismo y odios étnicos paralizadores, un liberalismo desgastado por viejas políticas, la sociedad y el Estado cerrados en sí mismos, deplorable situación que ya las colonias de América fustigaban con lucidez especialmente durante el Centenario del Quijote en 1905 —evento que había movilizadado muchas conciencias en ambos lados del Atlántico. Desde Buenos Aires se hablaba con franqueza del “problema de la reconstrucción española” de la cual advertía Avelino Gutiérrez nadie debía despreocuparse. Maragall, desde Cataluña, añadía que el problema de España como dilema europeo no podría resolverse tampoco sin examinar minuciosamente a la España americana.

Esta misión salvadora no era quehacer sólo de los jóvenes estudiantes que viajaban por la Junta a perfeccionarse en Inglaterra o Alemania, como Ortega o Maeztu. La colectividad de Argentina, por el mero hecho de llamarse española, asumía su deber patriótico queriendo colaborar con el desarrollo científico, económico y espiritual de su país. Avelino Gutiérrez se tomaría esta misión tan a pecho que llegaría muy lejos en su anhelo de revertir la imagen del atraso de su pueblo. Eran muchos los españoles radicados en Argentina que se sentían involucrados en el destino de los seres que habían dejado atrás. Desde la prensa argentina se expresaban como si fueran ellos mismos actores frustrados en sus territorios de origen. Mirando el porvenir, escribía Atienza desde la revista *España* en 1904: “Podemos y debemos ser optimistas; mirando el presente, no concibo que haya un solo español conocedor de la situación de nuestra patria que no sienta invadido su ser de tenebroso pesimismo”<sup>16</sup>.

La enfermedad de España y su tratamiento era obsesión, fermentando en las publicaciones de los residentes españoles del Río de la Plata. Romper con el maleficio de la leyenda negra que pesaba sobre ellos también era una prioridad. Revertir la negativa imagen de España entraba en los planes del naciente

<sup>15</sup> “La Ciencia Romántica”, *El Imparcial*, 4 de junio, 1906, I. p. 89.

<sup>16</sup> A. ATIENZA Y MEDRANO, “Pesimistas y visionarios”, *España*, 23 de septiembre, 1903.

hispanismo que deseaba poner en marcha con los argentinos la Universidad de Oviedo pero que fructificó recién en 1912 con el lanzamiento de la Cultural. No obstante, el esfuerzo krauso-institucionista con Atienza y Medrano a la cabeza fue el primer paso. Este no se concretó porque desde Argentina se consideraba a España, a sus universidades no aptas para un intercambio estudiantil eficaz. A la vez, Altamira se quejaba desde la revista de Atienza sobre el problema latino como inferioridad de raza ante el germano o sajón y sobre los avances de los norteamericanos en dicho intercambio intentando captar las inteligencias argentinas en dirección opuesta a la española<sup>17</sup>.

En la polémica sobre el envío de estudiantes argentinos a España terció Unamuno. Como rector de una universidad española de prestigio –la de Salamanca–, que podría abrir una casa de estudios para hispanoamericanos, Unamuno como Altamira opinaban que la intolerancia en el ambiente español no creaba un clima propicio para dicho intercambio. Atienza alegaba desde la revista *España* que el laicismo republicano argentino era ley primordial de los pueblos jóvenes que no se sometían a las presiones dogmáticas de la educación española. Concuerdan todos estos intelectuales –sobre todo Altamira, el más involucrado en estas cuestiones<sup>18</sup>– que hasta no erradicar la lepra de la intolerancia sería una quimera pensar en intercambios culturales productivos. Atienza opinaba que factores intelectuales de primer orden en Argentina entorpecían la gestión porque profesores y rectores de gran reputación científica y didáctica, no equiparaban a los españoles con los centros educativos ingleses, alemanes o franceses. Escaseaba el personal en las universidades españolas, dada la indigencia en que se encontraba el profesorado universitario.

A pesar de estas objeciones se seguía soñando con un proyecto de universidad hispanoamericana. Reaparecía en visitas oficiales, en el brindis del Club Español de Buenos Aires o en congresos hispanoamericanos. Atienza –de una generación anterior a la de Ortega– aseguraba en 1905-1906 que la hora no había llegado para realizar este sueño dorado. La opinión argentina recibía con tibieza dicho proyecto, y desde la España ministerial no había demasiado interés en el asunto. Desde Buenos Aires no dejaban de lamentarse los residentes españoles de que perdurara en la capital porteña la versión de una España incul-

<sup>17</sup> R. ALTAMIRA, “Comisionistas Intelectuales”, *España*, 18 de agosto, 1907 y “El Problema Latino”, del 9 de septiembre, 1904.

<sup>18</sup> En revista *España*, en épocas de Atienza se le otorga gran importancia al problema de la universidad y la educación en España y América. Los artículos más interesantes al respecto son los de R. ALTAMIRA, “La Intolerancia Española”, 9 de marzo, 1905; “La Cuestión Universitaria”, 16 de diciembre, 1905; “La Universidad Hispanoamericana”, de 16 de enero, 1905; “La voz de la universidad”, 9 de noviembre, 1905; “Democracia intelectual”, 15, 22 septiembre, 1907; “Segundo Aviso”, 16 de febrero, 1908.

ta y atrasada que ni siquiera enviaba al país masas educadas o aptas para el trabajo profesional o técnico necesario en una nación que quería prosperar. Por otro lado, en un artículo de Altamira, "Mucho pedir", se destacaba la necesidad de "naturalizar" a estas masas inmigratorias para que se incorporasen a la manera de pensar, sentir y hacer de los argentinos. La complejidad étnica de Argentina era un desafío que Altamira previó antes que Ortega lo incorporara a su docencia sociológica. Denunciaba la politiquilla personal que tanto dañaba a la nación y un Estado nacional que no ofrecía garantías al extranjero<sup>19</sup>.

Atienza tenía que lidiar también con críticas del sector medio, quienes ya tenían trabajo profesional y se sentían frustrados al no poder canalizarlo hacia la Península. Los residentes de la colonia española expresaban un cierto resentimiento hacia las autoridades de su país que tampoco les convalidaban títulos para ser reconocidos ante los entes nacionales argentinos. Prevalecía una decepción anímica hacia la España oficialista a todo nivel, más allá de las acusaciones por falta de ciencia, tecnología e ineptitud comercial. Eran estas clases medias las que más sufrían de orgullo herido por tanta inercia y decadencia que, como dejaría expresado Mauricio Barrès desde la revista *España*, era fruto de la incapacidad política, de falta de educación, de la corrupción y de pasiones personalistas<sup>20</sup>. Eran los mismos "dolores de la patria" de los que se quejaba amargamente Ortega.

En esta gran disputa, el honor de toda una raza estaría en juego por falta de impulso y desinterés educativo. Enrique Vera González en 1907, desde la revista *España* de la Patriótica, se quejaba de la anemia de un país sin facilidades para sus científicos. Al científico se le pagaba mal, con lo cual se resentía el progreso técnico de una nación. Altamira también se lamentaba de que en España faltaran "prácticos", de que el país se llenaba de belgas y franceses y que el anglosajón se regodeaba de tanto atraso técnico del cual se aprovechaban para extender sus influencias entre los hispanos. El desastre del 98 había puesto de relieve la potencia del Norte anglosajón, incrementando el complejo de inferioridad de toda una raza incapaz de generar tecnología de avanzada. Desde Argentina se habría vivido el evento como una deserción sin lucha ante un enemigo con más técnica militar actualizada.

El problema de la técnica (o de la falta de ella) no dejaría de estar presente en la opinión adversa que tenía el argentino de España. Muchos ya miraban a Estados Unidos para equipararse de modernidad. Esto preocupaba a Altamira quien se quejaba amargamente en la revista de Atienza de la falta de "teoría"

<sup>19</sup> R. ALTAMIRA, "Mucho Pedir", *España*, 8 de marzo, 1908.

<sup>20</sup> M. BARRÈS, "Nuestra Incapacidad Política", *España*, 2 de marzo, 1904.

en la ciencia de España. Un residente argentino, Virgilio Colchero, añadía leña al fuego cuando comentaba que “Muchos intelectuales laméntanse públicamente de la incultura del pueblo, de nuestra inercia nacional, de que no entremos de una vez en la vía ancha que conduce a la civilización y al progreso moderno”<sup>21</sup>. Pero a la vez criticaba a las jóvenes generaciones de España que compartían este complejo yéndose a estudiar a Europa. Esta formación les devolvía a la Madre Patria con cerebro y corazón ajeno.

La decisión de formarse en Europa, la que tomó Ortega, presumiblemente para beber de las fuentes más hondas de la filosofía alemana –que era lo que recomendaba Menéndez Pelayo para desprenderse del nefasto oscurantismo krausista–, se vivía desde la colonia española de Buenos Aires como temor a que con dicha europeización científica se perdiera la identidad española. El asunto de la europeización de España era tema debatido aún desde Argentina, siendo para muchos intelectuales la fórmula acertada para acabar con el problema español. Ortega desde *El Imparcial* en 1908 al crearse la Asamblea para el Progreso de las Ciencias con sede en Zaragoza, encaraba el problema de la decadencia española dentro de esta misma óptica europeizadora<sup>22</sup>. No todos en América entendían el dolor de la conciencia española desde esta perspectiva histórica. Sin embargo, estarían de acuerdo con Ortega cuando describía a su raza como alma doliente, melancólica, triste y sonámbula por ausencia de una minoría selecta que en otros países era activa y enérgica. En su país, la cultura se habría reducido a un nivel intelectual tan bajo que ni siquiera la literatura pasaba de ser una tertulia de café.

El mensaje esperanzador de Ortega, la salvación y el rescate científico cultural de su gente por medio de Europa, llegaría de la mano de la Junta para Ampliación de Estudios, entidad que tenía objetores en la colectividad de Argentina. Y los tenía porque se sentía que aquellos que se renovaban en Europa no querrían reconocer como suyos a los miles de calibanes que se habían ido de tierras empobrecidas en busca de mejores oportunidades. Aquello de que lo “peorcito” de cada casa se habría afincado en América era un sentimiento susceptible en el alma española de ultramar expresándose como “la españolísima dignidad vulnerada” de su nación.

Sentimientos como estos, nimios, dolorosos, quisquillosos envenenaban las relaciones de estas colonias con la España oficial. Diplomáticos, políticos y visitantes ilustres que ponían distancia entre el aluvión inmigratorio y su propia identidad nacional, encontraron grandes críticos fuera y dentro de España. El

<sup>21</sup> V. COLCHERO, “Decadencia Intelectual”, *España*, 2 de septiembre de 1903.

<sup>22</sup> “Asamblea para el Progreso de las Ciencias”, *El Imparcial*, 27 de julio y 10 de agosto, 1908. *La polémica*, pp. 420-433. I, 265.

más vociferante, Blasco Ibáñez, colaboró con una serie de artículos sobre “Españoles fuera de España”<sup>23</sup>, en la revista de Atienza en 1907 donde se quejaba amargamente de la España oficial y su actitud despectiva hacia el inmigrante. Todo este submundo de reticencias internas empañaban la imagen de España ante el ciudadano argentino dispuesto a medirse con técnicos alemanes, italianos, e ingleses a nivel profesional, comercial o científico. El alma española de América –como la describía en su artículo Mario Goroztázu–, recibía la herencia española como algo que huele a defecto nacional “como si el descender de rama tan preclara fuera una verdadera desgracia”. Insinuaba este vasco hispano-argentino que existía en Argentina una deliberada negación de la legítima sangre hispana que corría por la historia del país. En tiempos de Atienza, la reacción atmosférica entre residentes españoles era ciertamente pesimista. Había quienes se preguntaban si este achaque no se incubaba dentro de la misma colectividad española persuadida de la propia mentira de su decadencia nacional a la sombra del desastre del 98.

Esta pregunta afectaba especialmente a las clases medias profesionales a quienes les dolía verse alineados como herederos de una tradición bastardeada desde fuera, asumida negativamente por sectores argentinos y asimilada como conciencia pesimista y derrotista por las colonias de América. La imagen de España que Cajal en su discurso del 97 habría analizado tomando punto por punto cada objeción como quien desea desenredar la maraña de una larga historia de leyendas negras aplicadas en torno al declive de la ciencia y cultura de su gente y hasta de la raza hispana en su conjunto, salpicaba a los residentes argentinos a quienes Atienza dividía en visionarios y pesimistas. La serie de artículos de Atienza entre 1904-1905 sobre el alma española de América<sup>24</sup>, merece un análisis profundo dado que allí estaría perfilándose la honda transformación del pionero, del hombre de clase media profesional o del haraposito inmigrante, cada sector despojándose de costumbres anquilosadas y misticismos enervadores que le habían cortado sus alas en España. En Argentina estas masas iniciaban la vida ascendente, una vida más higiénica y saludable bajo el *desideratum* de una mejor vida de prosperidad americana.

A pesar de los dimes y diretes internos y después de reuniones y artículos doloridos en la prensa, que no llegaron a concretar un proyecto de intercambio cultural y científico con América, en 1910 se festeja el primer centenario de Argentina con una visita real. La posibilidad de concretar dicho intercambio

---

<sup>23</sup> V. BLASCO IBÁÑEZ, “Españoles fuera de España”, *España*, 23 y 30 de junio, 28 de julio y 11 de agosto, 1907.

<sup>24</sup> A. ATIENZA, “El alma española de América”, *España*, 9 y 23 de septiembre; 2 y 9 de octubre; 2 de noviembre, 1904 y 9 y 16 de febrero, 1905.

académico que reuniera todas las voluntades y dineros de la colectividad española parecía esfumarse. La presencia monárquica exacerbaba los ánimos republicanos haciendo más dificultosa la cooperación. En los bocetos de la Patriótica se resumen estos intentos como una etapa de voluntades difíciles de armonizar. Sin embargo, Avelino Gutiérrez no baja la guardia. Obstinado en su intento de revertir la tendencia a pensar en los españoles como símbolo de estancamiento científico, de atraso, intolerancia y de ignorancia de masas, aprovecha el dinero reunido en 1912 para comprar la biblioteca de don Marcelino Menéndez Pelayo y desde allí poner en marcha el anhelado intercambio hispano argentino creando una cátedra permanente de cultura española.

Entre Comisiones y Juntas Consultivas se fue gestando el proyecto hasta que reunidos en los salones de la Patriótica, Avelino Gutiérrez y los presidentes de las sociedades españolas más prestigiosas de Argentina, decidieron de común acuerdo fundar la Cultural como homenaje al polígrafo. El modelo de unión para los españoles de América era Menéndez Pelayo, conocido en Argentina por su *Historia de las ideas estéticas* y sus estudios sobre la novela y poesía hispanoamericana. En los orígenes del proyecto estarían involucrados, además del embajador español Soler y Guardiola, personalidades argentinas como Rodolfo Rivarola, Rafael Obligado, Joaquín V. González y Ricardo Rojas, estos últimos organizadores en La Plata y Buenos Aires de sendos homenajes a don Marcelino donde se hacía referencia a una raza regeneradora de lo latino.

El primer paso concreto fue la visita de Gutiérrez y Méndez Calzada a Madrid para gestionar con Ramón y Cajal y con Castillejo los detalles para consolidar un andamiaje científico con la Junta para Ampliación de Estudios. Tomó dos años desde 1912 hasta 1914 redactar los estatutos de la Cultural, conseguir su aprobación oficial argentina y poner en marcha la cátedra de Menéndez Pelayo en la Universidad de Buenos Aires. Inaugurada por Menéndez Pidal en 1914, este primer visitante dio un curso sobre la vida y obra del polígrafo, pero sin dejar demasiados rastros en la sociedad científica argentina. Muy distinto sería el impacto del segundo ocupante, Ortega y Gasset, en 1916. Este último profesor se enfrentó con el positivismo universitario, sacudiendo las raíces mismas del incipiente científicismo argentino, gran imitador de corrientes intelectuales europeas –mal asimiladas según Ortega– y de poca aplicación a una sociedad joven con escaso criterio como para adueñarse de las ideas importadas.

La realidad de este gran acontecimiento histórico que fue el nacimiento de la Cultural es que se iniciaba cargado de gestos que muchos argentinos consideraban “contradictorios” o “anacrónicos”. Proyectos que parecían haber sido gestados por el sector institucionista o krausista de vanguardia caían en manos de una colectividad conservadora que homenajeaba a quien era visto desde

sectores liberales o radicales de la izquierda intelectual como el gran defensor de la España inquisitorial y adversario a muerte del sector krausoinstitucionista. Parecía incomprensible que el gran símbolo de la España tradicionalista estuviera presente en una universidad republicana, laicista y de cientificismo antihispano americanista.

En 1912 Adolfo Posada habría salido al cruce desde el *Diario Español*<sup>25</sup> para disipar dudas acerca de esta incongruencia. Ante el sector republicano de la colectividad recordaba que andando el tiempo Marcelino habría compartido ideales comunes con el grupo de Oviedo y que no se casaba con los extremos de izquierda y derechas. Aseguraba Posada a la colectividad y a los argentinos que la *Historia de los heterodoxos españoles* había sido obra de un pasado juvenil, de un pensador que no era todavía dueño de su pensamiento o su palabra.

No creemos que haya convencido este argumento a muchos escépticos respecto del proyecto que se iniciaba con la Cultural. Los *Anales* de dicha Institución, al describir retrospectivamente el desarrollo científico del polígrafo, admitían que este libro primigenio sobre la ciencia española era una obra polémica, “peligrosa en su fondo como alegato, y en su forma todavía tropezona y no pocas veces vulgar” pero revelando un caudal extraordinario de sabiduría que en obras posteriores esclareció el autor<sup>26</sup>. La Cultural en todo momento reivindica el carácter científico de su homenajeado, asegurando que su aporte habría incorporado a la historia cultural española a muchos trabajadores y científicos casi olvidados aunque con frecuencia exageró el caudal en materia estrictamente científica. En su homenaje póstumo, el catedrático de Literatura de la Universidad de Buenos Aires Ricardo Rojas atribuía a don Marcelino el mérito de “recordar” y resucitar una tradición literaria y espiritual española dispersa e ignorada, cuyos efectos llegaron hasta la América hispana rescatando la ciudadanía del idioma y de una cultura en común. El autor de *Blasón de Plata* y *La Argentinidad*, obras escritas para los centenarios patrios de 1910 y 1916, insiste en rescatar la herencia española denigrada por el progresismo argentino y sudamericano en general.

Cuando Ortega en 1939, retoma la curva histórica de la Cultural para sus bodas de plata, tiene delante este panorama reivindicativo. Elegantemente afirmaba que entre las naciones centro y sudamericanas existió una voluntad o capricho de querer negar a España apartándose de su cultura. En las personas como en las naciones, afirmaba Ortega ante las autoridades argentinas, esta

<sup>25</sup> *Anales de la Institución Cultural Española*, tomo I. Buenos Aires: Institución Cultural Española, 1947, p. 17.

<sup>26</sup> Palabras de Joaquín V. GONZÁLEZ en el homenaje a Menéndez Pelayo. *Anales*, tomo I, ob. cit. p. 31.

voluntad excluyente que denunciaba Rojas en sus obras sólo operaba en la superficie. Las zonas profundas del ser no le obedecían, porque estaban sometidas al inexorable destino de haber sido una vez parte de España.

Lo que no menciona es que estaría comenzando en su país en el 39 un nuevo y prolongado rescate de la obra de Menéndez Pelayo bajo el paraguas de un nacional-catolicismo que nuevamente encendería la mecha de la polémica de la ciencia española. En esta ocasión Ortega desea rescatar del pasado no la figura del polígrafo, sino la del primer presidente de la Cultural, Avelino Gutiérrez, como el artífice genial de este intercambio científico de profesores españoles hacia América del sur, recordando que el fulminante éxito de este proyecto, de sus detalles, reglamentos constitutivos, la vigilancia de su funcionamiento y todo lo referente al modo de ser elegidos los profesores se habría debido a este gran español y argentino. Uno de los puntos clave era que la cátedra debía ser desempeñada por un intelectual español que pudiera dar a conocer en América la mentalidad española y difundir en Argentina las investigaciones y estudios científicos y literarios que se realizaban en Europa y España. Esta tribuna abierta de ideas, como la Institución Libre de Giner de los Ríos, pretendía abrir sus puertas a toda mente española, sea cual fuere la región de su nacimiento o carácter político de su vida privada. Lo que debía prevalecer, sin embargo, era una estricta neutralidad política institucional.

En el discurso de recepción, al ocupar la cátedra en 1914 Menéndez Pidal, las palabras del presidente de la Cultural dejaban bien asentada esta prioridad científica que debía abstenerse de prejuicios sectarios. La revista *Hispania* que suplantó la *España* de la Patriótica le dio la bienvenida a la Cultural anunciando el intercambio de acción hispanista de las colectividades como una “forma indiscutida de asegurar en estos países de habla castellana la supervivencia de nuestro espíritu, de nuestra cultura y de los factores ideológicos de nuestro pueblo”. Se decía que el ambicioso esfuerzo debía redituarse tanto a los argentinos como a la misma colectividad<sup>27</sup>. Avelino Gutiérrez, en su discurso de recepción a Menéndez Pidal, había aludido a la “extraordinaria receptividad argentina en materia de cultura, acuciada por su progreso material”<sup>28</sup>. También advertía, como indicaría Ortega durante su primer viaje, que este mismo “empuje” material podría resultar peligroso si no se equiparaba con el contrapeso de un equivalente desarrollo moral e intelectual.

Entre la venida de Pidal y Ortega se había iniciado la gran guerra europea que mantuvo en 1915 vacante la cátedra. Este “año angular” sirvió para instalar en la opinión pública argentina y española las metas de la Institución, apro-

<sup>27</sup> *Hispania*, “Homenaje a Menéndez Pelayo”, 16 de junio, 1912.

<sup>28</sup> *Anales*, ob. cit., tomo I, p. 49.

vechando la Junta Directiva para divulgar desde la prensa española que su creación se vinculaba al “magno problema nacional”, que era la falta de cultura científica en España y de rebote en el continente americano. Para revertir esta situación y con el resurgimiento de la ciencia española puesta en marcha por la Junta de Madrid, los residentes de Argentina encauzaban este problema central en cuya solución estaba la vida o muerte de la colectividad. Contestaba Cajal en un mensaje en apoyo a Gutiérrez que “los españoles de aquí, viviendo en un medio cosmopolita, sienten tan agudamente como los españoles de ahí la necesidad de la cultura, y ven distintamente que ese es el gran problema de la existencia nacional”<sup>29</sup>. No desconocía Cajal los aportes recibidos de la familia Gutiérrez para sufragar los gastos de tres jóvenes españoles durante dos años de estudio en el extranjero deseando contribuir privadamente a la restauración de las fuerzas espirituales de España y en apoyo de sus centros de altos estudios científicos.

Sin duda, los españoles de América se sentían obligados a solucionar con sus aportes –pequeños o cuantiosos– el engrandecimiento espiritual y cultural de España, liquidado ya su imperio colonial. La Cultural aspiraba a que veinte nacionalidades de origen español constituyeran con el tiempo veinte mentalidades diferentes de Occidente pero unificadas en lo fundamental. La variedad regional aparecía como estímulo y enriquecimiento y no como prejuicio nacional. Estimaban los organizadores de la Cultural que las mentalidades hispanoamericanas habrían de excitarse y llamarse mutuamente la atención.

Avelino Gutiérrez y Luis Méndez Calzada, al enviar su mensaje a las universidades de España, aclaran también que no creen en lirismos de raza, ni en lazos sentimentales, que serían infantiles. La labor de compenetración espiritual y científica tenía un fin más serio: el que España contara con las nacionalidades hispanoamericanas realizando obras en conjunto. Tenía como prioridad difundir trabajos de investigación científica, cualquiera que fuese la ciencia que cultivasen, el credo que profesaran y la región de que procedieran. La cátedra era “de tema libre”; bastaba con que se expresaran los profesores en castellano y que se mantuvieran en el campo sereno de las ciencias<sup>50</sup>.

Ciertamente, uno de los objetivos al montarse la Cultural era destacar –con la ayuda de Cajal– el rol de las ciencias duras, que era el talón de Aquiles en esta cuestión. No se contentó Gutiérrez con la cátedra Menéndez Pelayo de Filosofía y Letras. En 1920 financió la cátedra Ramón y Cajal que tenía como vínculo y centro el laboratorio de Investigaciones Biológicas de Madrid convertido en Instituto Cajal, complementado por laboratorios de fisiología Expe-

<sup>29</sup> *Anales*, ob. cit., tomo I, p. 91.

<sup>50</sup> *Anales*, ob. cit., tomo I, pp. 91-94.

rimental, Neuropatología e Historia de la Junta para Ampliación de Estudios. La idea era formar allí científicos españoles que pasarían por la cátedra y laboratorios de Buenos Aires para fomentar el desarrollo de las ciencias puras que causaba la falta de matemáticos, técnicos y especialistas teóricos. Insistía Gutiérrez al fundarse esta segunda cátedra en 1924, que ningún país podía ser grande si no cultivaba y favorecía la ciencia. Los países que no cultivan las ciencias, y que en una u otra forma no las favorecen, son esclavos de los demás y terminarán por ser anulados. Teme que de no crearse nuevos cultores de la ciencia se conformarán los españoles con ir a la zaga de los pueblos que más prosperan.

Antes de que llegara Ortega en 1916 quedaban consolidadas las aspiraciones de la Cultural. Y, como recordaban Gutiérrez y Méndez Calzada en 1915, todo nacimiento entrañaba un misterio que se venía elaborando lentamente, con tenaz perseverancia. Estos sentimientos incluían los esfuerzos anteriores, la elaboración e ideal superior de la generación de Atienza, Altamira y Posada, los intentos de intercambio con la universidad de La Plata, los Congresos Científicos Internacionales como el de 1910, la Unión Iberoamericana, etc. Parecería como si de repente muchos sueños y propuestas vencidas estuvieran finalmente por ver la luz dentro de un intercambio científico cultural de hispanismo pragmático que no fue fácil poner en marcha. Avelino Gutiérrez, como dejaría dicho los *Anales* representó todo lo que la colonia quería dar de sí misma desplegando un pragmático patriotismo de continuidad cultural que Ortega en 1939 homenajea reconociendo los sacrificios y colaboraciones que en torno a Avelino Gutiérrez se agruparon para hacer posible su designio. Afirmaba en aquel entonces Ortega que: "Saber seguir, señores, es virtud pareja a saber guiar".

Pieza clave en los inicios del proyecto fue *El Diario Español* de López de Gomara, diario que acompañó este nacimiento asegurando que con este evento se rompían los diques de patrañas que impedían la fusión científica en ambos lados del Atlántico. En 1919 ya consolidada la reputación de dicho proyecto Avelino Gutiérrez expresaba desde la Patriótica que lo que primaba era la realidad de los hechos, la laboriosidad y constancia, el empuje de quienes se verían involucrados en estos esfuerzos científicos transatlánticos. No vacila Gutiérrez en vaticinar los futuros alcances de estos hechos que hablan con la elocuencia de las palabras.

Como dejan constancia los *Anales* de la Cultural –donde se conserva el testimonio de este gran debate científico-cultural–, por la Institución pasarían distinguidísimos científicos españoles. Pero nadie le quitaría a Ortega el impacto de haber sido el profesor del despegue definitivo de la Cultural que le mereció el ataque furibundo del positivismo argentino enquistado en la universidad. És-

te no sólo se sintió agredido en sus entrañas en las conferencias de la Cultural, sino que le disputará a Gutiérrez, a la colectividad en su conjunto, a la flamante Institución, los laureles de ser ciencia europea. En el positivismo argentino como bien lo percibió Cajal estaba radicada la hispanofobia americanista más escéptica respecto del porvenir científico y cultural de la Madre Patria.

Gutiérrez, a lo largo de la visita de Ortega, no había dejado de pregonar nuevos valores, talentos jóvenes que hacían suponer que el resurgimiento de España estaba ya gestándose dentro de la famosa europeización. Ortega confiesa que aceptó la propuesta de Castillejo un poco a regañadientes, pero le sirvió esta experiencia americana para ensanchar su retina europeísta hacia un nuevo mundo y hacia las múltiples Españas que conformaban la raza hispana de todo un continente compartiendo una cultura consabida. Venía prevenido de las reticencias generadas entre las colectividades y la España oficial y la hispanofobia de los argentinos siempre dispuestos a negarle a España un lugar en la historia y en la ciencia europea.

Pero había algo más visceral en el Ortega que llegó a Buenos Aires que convalidaría recordar. Cuando Maeztu presenta a Ortega ante el lector de *La Prensa* como futuro colaborador, deja asentado que es un especialista en estos temas de decadencia española. “Ha sido Pepe Ortega el primero en afirmar que el problema primario de España y de todos los pueblos de raza española es el problema de la ciencia en especial y particularmente el de la filosofía y las matemáticas como las ciencias más profundas”. Y añade: “Hasta ahora discutían los intelectuales españoles sobre tradición y progreso, sobre el clima y la raza, sobre la energía y la debilidad, sobre la bondad y la maldad de las clases gobernantes como causa del auge y decadencia de los pueblos”. Da a entender que Ortega sometía a un examen más riguroso estas cuestiones alegando Maeztu que en España no ha habido problema mental más vivo que el de descifrar su decadencia<sup>31</sup>. Quien recorra los primeros artículos de Ortega desde *El Imparcial* en su juventud como estudiante en Alemania, encontrará que, efectivamente, es un pensador implacable contra la generación de los intelectuales de la Restauración. En su artículo “La ciencia romántica” planteaba el dilema que habría dejado como legado la obra de don Marcelino Menéndez Pelayo quien en su *Polémica de la ciencia española* (1876) y con más precisión en su *Historia de los heterodoxos españoles* (1880) había sentado las bases del “ser” de España como nación católica, de espíritu latino unitario que rechazaba instintivamente la herejía, sobre todo lo protestante con su principio de libre examen y su cultura de brumas germánicas de donde procedía el oscurantismo krausista. Declaraba Menéndez Pelayo que el genio español era eminentemente católico y de cultura latino-romana; el resto

<sup>31</sup> R. MAEZTU, “Ortega nuevo colaborador de *La Prensa*”, *La Prensa*, 9 de julio, 1911.

era accidente y ráfaga pasajera. Los herejes españoles no podían ser intérpretes de la raza ni de las costumbres españolas o sus tradiciones. En esta amalgama entre religión y raza, el dogma católico era el eje de la cultura española en filosofía, arte y todas las manifestaciones de su principio civilizador. La historia de España, dentro de esta estructura tradicionalista no podía ser interpretada desde una óptica positivista, protestante o disidente con el catolicismo sin dañar la conciencia y la identidad nacional que era esencialmente latino-romana y católica.

El joven Ortega desde *El Imparcial* y en forma más estructurada desde *Meditaciones del Quijote* intentará revertir esta visión tradicionalista del pasado y del ser de España que –de soslayo– afectaba definiciones sobre la raza hispana en general. Opinaba que eran estas cuestiones delicadas porque las habría puesto en marcha la mecánica psicológica del reaccionarismo español que se destacaba no sólo por su desamor a la modernidad sino por su manera de tratar el pasado al que no le podía inyectar nueva vida. En *Meditaciones del Quijote* menciona explícitamente a dos responsables, a Menéndez Pelayo y Juan Valera, luminarias de la Restauración que en su opinión eran mentes mediocres, causantes de la perversión histórica heredada de la “fantasmagórica” Restauración canovista.

La inquina del joven Ortega hacia Menéndez Pelayo se manifiesta a nivel intimista en cartas a su padre, a su novia Rosa y a Navarro Ledesma<sup>32</sup>. Contrariamente a la opinión de *El Imparcial* y de su padre que habría apoyado la candidatura del polígrafo a la Academia de la Historia contra Alejandro Pidal y Mon, un católico neo-tomista más conservador que su adversario, Ortega a nivel generacional repudia todo este proceso electoral. Eran todos ellos una casta fanfarrona, anticientífica e inepta. A su padre le garantiza que su filosofía se desarrollaba por carriles diametralmente opuestos a los de todos ellos. Curiosamente, este incidente sobre la elección de don Marcelino se convirtió en momento de tensión con su novia, a quien intenta convencer de que este señor no es una eminencia indiscutible. A Rosa le asegura que en España hay sólo tres inteligencias activas: la suya, la de Unamuno y la de Maeztu.

Desde *El Imparcial*, Ortega se habría quejado amargamente de las testas duras que no querían ciencia alemana ni francesa. La española en su opinión era inexistente a pesar de los esfuerzos de don Marcelino por demostrar que la habría habido en el pasado. Sus libros, insistía el joven Ortega desde Alemania, demostraban todo lo contrario. Hubo algunos hombres de ciencia pero no ciencia o teoría disciplinada. En esta etapa de su vida afirmaba que la raza es-

---

<sup>32</sup> En *Cartas de un joven español*. Madrid: El Arquero, 1991, aparecen las reacciones juveniles de Ortega hacia la generación de su padre.

pañola extremosa no estaba llamada a dejar una forma científica de vida continua y razonable. “Es en nosotros la ciencia un hecho personalísimo y no una acción social”<sup>33</sup>. Los españoles y la raza hispana no eran aptos para una labor “raciocinante”. Más tarde, desde *El Imparcial* en 1909 en “Pidiendo una Biblioteca”<sup>34</sup>, aseguraba que el problema de España era esencialmente educativo, un problema de ciencias superiores, de alta cultura. Ortega consideraba que los españoles eran culturalmente insolventes dado que faltaban bibliotecas, libros científicos modernos, material bibliográfico, revistas extranjeras y una ciencia de cara a Europa. Sin embargo, en la Asamblea para el Progreso de las Ciencias<sup>35</sup> es más optimista confiando en que un buen número de jóvenes dispuestos a consagrar su vida a la labor científica haría posible una verdadera ciencia española. Se había fundado la Junta de Madrid que abría nuevas perspectivas a becarios para formarse en el extranjero.

En 1910 Ortega asumía que la única España posible sería la europea<sup>36</sup>. Únicamente en este contexto se renovarían la ciencia de los españoles y se purificaría de exotismo su civilización. Al año siguiente, mientras escribía para *La Prensa* de Buenos Aires cuestionando la capacidad de estos pueblos jóvenes para hacer alta cultura, desde *El Imparcial* Ortega todavía defendía al sector krausista. En su opinión habría constituido este grupo el único esfuerzo medular de que habría gozado España en el último siglo, desautorizando a su opositor Menéndez Pelayo por su fanatismo católico y casticista y su fobia antigermana. Mientras intercambiaba una docencia historicista reformadora con los argentinos y discutía con el lector de *La Prensa* sobre los clásicos, asumiendo en ambos lados del Atlántico la defensa de la cultura moderna como reabsorción de lo germánico, no dudaba este joven periodista que a pesar de querer rescatar Francia, Italia y España glorias de cultura latina, la nación que lideraba la ciencia y la cultura contemporánea era Alemania<sup>37</sup>. En esta etapa de su diálogo periodístico, insistía desde España en que la decadencia española no se debía solamente a falta de ciencia sino a privación de teoría. No encuentra en los españoles del 70, en los defensores de la ciencia española ninguna opinión al respecto. Nada dice del ensayo de Menéndez Pelayo de 1894 donde concuerda con esta misma tesis. Su aversión hacia esta generación no le permitía una evaluación más objetiva de sus aciertos y errores, conduciendo su docencia ha-

<sup>33</sup> “La ciencia romántica”, *El Imparcial*, 4 de junio, 1906. I, 90.

<sup>34</sup> “Pidiendo una Biblioteca”, *El Imparcial*, 21 de febrero, 1909. I, 235-239.

<sup>35</sup> “Asamblea para el Progreso de las Ciencias”, I, 183-193.

<sup>36</sup> “España como Posibilidad”, *Europa*, febrero de 1910, I, 336-337.

<sup>37</sup> “Problemas culturales sobre la enseñanza clásica”, *La Prensa*, 19 de septiembre, 1911.

cia una ruptura drástica con este pasado. Su fórmula de una manera cervantina de comprender las cosas incluía el derecho a romper con el nefasto tradicionalismo menedezpelayista que le permitiera a los españoles de su generación estar vivos enterrando oligarquías muertas.

Era hora, afirmaba contundentemente desde su entorno madrileño, de sincerarse respecto a los hombres representativos de la Restauración. El cambio de siglo se le presentaba como la oportunidad de evaluar y liberar la cultura latina de grotescas combinaciones y conceptos de radical imprecisión. Sugiere, en un artículo sobre Azorín<sup>38</sup> que la crítica debía volverse patriotismo sano dejando de lado historiografías emocionales y encomiásticas para hacer crítica terapéutica. En este sentido, encara la historia de España como historia de una enfermedad ensayando su reconstrucción y analizando no hechos sino fenómenos. Esta docencia de crítica historicista ya se estaría poniendo en marcha desde La Prensa de Buenos Aires de cara a las colectividades españolas que también leían asiduamente el periódico de los Paz.

En *Meditaciones del Quijote* como desde *La Prensa* porteña Ortega emprende una campaña historicista con nueva sensibilidad modernizadora. España seguía siendo una contradicción; no obstante, se debían revisar todos los supuestos nacionales sin aceptar supersticiones o las cargas que pesaban sobre el concepto de “lo español”. Se requería generar nuevas ideas, nuevas ciencias, instituciones, sentimientos, religión, poesía, usos y costumbres, etc. En el transcurso de su docencia reformista encara nuevamente al asunto conflictivo de la raza. Se encontrará en Buenos Aires en el 16 en medio del fervor de la declaración por el presidente Hipólito Yrigoyen del Día de la Raza, iniciativa puesta en marcha por la Patriótica Española convirtiéndose en lema reivindicativo para todo un continente hispano. La raza, dirá Ortega en *Meditaciones del Quijote*, (entendiendo la raza hispana) era modulación diferencial, intransferible y enriquecedora, organización creadora y no definición racial católica latina como pretendió Menéndez Pelayo, fórmula a la que adherían visceralmente las colectividades de América para contrarrestar el peligro anglosajón y el influjo protestante en el continente.

Es este joven reformista, que predicaba la necesidad de un patriotismo de nueva jerarquía, el que irónicamente será llamado para ocupar la cátedra de Menéndez Pelayo en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Esto explicaría la reticencia, los gestos de no querer asumir representatividad oficial, y la prudencia con que Ortega moduló su mensaje de cara a la sociedad argentina antihispana y frente a la colectividad española llena de resquemores y ansiosa de defender a ultranza su españolidad. Fuera del contexto de la Cul-

<sup>38</sup> “Nuevo libro de Azorín”, *El Imparcial*, 23 de junio y 11 de julio, 1912, I, 535-539.

tural, Ortega planteará rupturas con la segunda mitad del XIX, incluyendo todas estas rencillas hostiles y desgastes llenos de rencores para acercarse a las cosas con otra manera de interpretar el presente y el pasado de su nación. La aventura americana le presentaría a Ortega otros desafíos de los cuales surgirían nuevos giros interpretativos sobre la herencia y decadencia española.

Despidieron en Madrid a los viajeros, Ortega y su padre, con un banquete de honor organizado por el representante argentino Marcos M. Avellaneda. Asistieron los protagonistas de este anhelado intercambio científico-cultural que arrastraba tantas dificultades y sentimientos antagónicos: Cajal, Menéndez Pidal, Gumersindo de Azcárate, Altamira y Posada. Dejaban estos viejos luchadores de la hispanidad en manos de este joven catedrático el éxito del proyecto que se iniciaba entre la Junta de Madrid y la Cultural de Buenos Aires. Al pisar suelo argentino, Ortega no estaba dispuesto a adjudicarse un papel representativo de una España trabada en fecundas luchas de la cual él no sentía representar a ninguna. La prudencia neutral de la Cultural le permitía omitir asuntos de actualidad para no revolver el avispero político de las colectividades o herir susceptibilidades argentinas divididas en aliadófilos y germanófilos. Pero estas prevenciones no fueron suficientes para evitar un rebrote de hispanofobia por parte del positivismo cientificista argentino, receloso de tener el nombre de Menéndez Pelayo instalado en su recinto académico. Esta situación despertaría renovadas xenofobias que reciclaban viejos resentimientos de leyenda negra y reanimaban la polémica de la ciencia española cuyo coletazo golpeó directamente en la reputación del flamante disertante de la Cultural. No bastaron las ideas reformistas de Ortega para acallar resentimientos; su presencia llegó a formar parte de esas realidades “anacrónicas” que para el positivismo argentino representaba la presencia española en suelo argentino.

Ingenieros, en artículos de la *Revista de Filosofía*<sup>39</sup> que Ortega habría tenido en sus manos, afirmaba que en España no había científicos, ni filósofos, ni filosofía y que la ausencia de filosofía en la América hispana se debía precisamente a que España, más allá de Luis Vives, no habría tenido filósofos. Parecería que al menos este argentino le estaría concediendo algún mérito –dentro de la polémica de la ciencia española– al vivismo de Gumersindo Laverde y Menéndez Pelayo como única alternativa de filosofía española, libre de la opresión rígida de la escolástica, que era también punto controvertido en esta polémica entre Laverde, Menéndez Pelayo y el predominio del neotomismo imperante después del Concilio Vaticano I. Si don Marcelino le otorgaba a Vives el laurel de pensador independiente de la escolástica, Ingenieros alegaba que este pensa-

<sup>39</sup> J. INGENIEROS, “La cultura Teosófica en la España Teocrática”, *Revista de Filosofía*, julio, 1916.

dor habría tenido que vivir en el exilio europeo para liberarse de la opresión de la España de Suárez. Según Ingenieros, España habría permanecido durante siglos “ajena al renacimiento científico literario de Europa”. Y como muchos otros intelectuales argentinos, consideraba toda la creatividad española envuelta en decadencia. En cuanto a la ciencia solamente brillaba Ramón y Cajal, como gran excepción, pero sin pirámide. Era hombre de ciencia solitaria sin continuidad, algo que habría sostenido el joven Ortega al enjuiciar la ciencia errabunda, por generación espontánea de su país.

La unanimidad de criterio del sector positivista hacia la reputación del autor de la *Historia de los heterodoxos españoles* y *La polémica de la ciencia española* era el no concederle laureles científicos a su ciencia de papel descartable. Este prejuicio –que no compartía Ricardo Rojas y los que seguían atentamente los aportes de la cultura española en materia literaria–, tenía como objetivo desvirtuar la cátedra que, en su nombre, habría erigido la colectividad en el recinto académico nacional de más prestigio en Buenos Aires. Para el sector positivista porteño, el nombre de Menéndez Pelayo seguía cargado de fanatismo religioso, representando lo peor de la España teocrática contemporánea y fomentando el espíritu conservador del hispanismo reivindicativo de las colectividades.

Aun cuando Ortega y muchos otros españoles mantenían sus reservas respecto a la postura tradicionalista tomada por don Marcelino en esta contienda, a Ortega no se le podía escapar la concepción americanista de la *Revista de Filosofía* que desplegaba un arraigado historicismo cargado de hispanofobia progresista. Esta no tardó en manifestarse. No vino el ataque por parte de la revista de Ingenieros, sino desde una publicación literaria, la revista *Nosotros*. Esta vez los dardos iban dirigidos al sentido de la filosofía desplegada por Ortega en sus conferencias de la Cultural en que con dureza el visitante desautorizaba al positivismo universitario y al de la escuela de Ingenieros como resabio decimonónico<sup>40</sup>.

El protagonista de esta contienda fue Alberto Palcos. La primera estocada de Palcos venía envuelta en su artículo crítico sobre “José Ortega y Gasset. El sentido de la filosofía”<sup>41</sup>, en que defendía las conquistas de la Biología, de la Psicología y otras ciencias naturales. Disentía Palcos con lo que consideraba era el anticientificismo de Ortega quien con vanidad racionalista negaba las fecundas conquistas del experimentalismo en materia filosófica, caballito de batalla de In-

<sup>40</sup> *Revista de Estudios Orteguianos*, 7 (2003), en el artículo “Viejas y nuevas generaciones argentinas” hemos tocado en otro contexto la polémica con Alberto Palcos, p. 225.

<sup>41</sup> A. PALCOS, “Jose Ortega y Gasset. El sentido de la filosofía”, *Nosotros*, agosto, 1916, p. 202.

genieros que —a lo largo de sus conferencias— Ortega sistemáticamente pulveriza. Palcos insinúa que ese odio a la ciencia tan difundido entre españoles, junto al individualismo hermético de la orgullosa estirpe española (a la que habría aludido especialmente Ramón y Cajal en su discurso del 97), habrían conducido a España a la anarquía en que aún se debatía. Afirmaba Palcos que eran muchos los españoles que sentían repugnancia instintiva, orgánica, por las disciplinas científicas. Ante la opinión americana aparecían “como si los horrores de la Inquisición hubieran dejado en el fondo de ellos el sedimento del espíritu que la anima”<sup>42</sup>. Se lamentaba Palcos que Ortega, colocado a la cabeza de un movimiento que se identificaba con la ferviente reconstrucción y la europeización de España, se viera involucrado en una actitud anticientificista como la expresada desde la Cultural. No se concebía, razonaba Palcos, una regeneración de España sin ciencia seria. Era peligroso sensibilizar a su gente con vaguedades de filosofías etéreas, dado que en España había que erradicar el supersticioso atraso disolviendo misticismos y prejuicios que la petrificaban.

Los argumentos elaborados por Palcos caían perfectamente en esas categorías que había clasificado Cajal respecto de la decadencia española, que en su opinión, compartida por Ortega, no era cuestión de decadencia sino de discontinuidad, de rendimiento teórico insuficiente y de practicismo estrecho. Palcos tampoco aceptaba la hipótesis de que la guerra habría producido el declive europeo. Este decaimiento no era producto de la ciencia o filosofía como tal sino de haberse cerrado bibliotecas y laboratorios logrando que las ciencias se eclipsaran y la filosofía mística se adueñara nuevamente de las almas. Las ciencias, insistía Palcos, no han perecido; pronto renacerán con más empuje y vigor para transformar el mundo y hacer gigantes.

Este ataque frontal al autor de *Meditaciones del Quijote, Personas, obras, cosas*, sacaba a la superficie el malestar del positivismo universitario que no veía con buenos ojos el vaporoso vitalismo orteguiano. Palcos anticipaba que la joven promesa española que presentaba Avelino Gutiérrez ante el claustro como una generación de innovadores dispuestos a transformar España, no era más que un diletante, un agudo crítico de arte, literato lleno de primores pero cuando se busca el filósofo en serio, no se le encuentra a la altura de su maestro Salmerón.

La crítica positivista no se limitó a una discusión sobre cuestiones filosóficas o a dilucidar la relación de la Filosofía con otras ciencias naturales. El ataque de este columnista degeneró en un despiadado antihispanismo donde salieron a flor de piel muchos resentimientos ocultos hacia la colectividad y su proyecto cultural. Palcos comenzó cuestionando la visita de Menéndez Pidal defen-

<sup>42</sup> *Ibid.*, p. 205.

diendo a un español reaccionario en extremo y símbolo de una España intolerante. Se rasgaba las vestiduras de que en nombre de tan cuestionado personaje se iniciara en la Facultad una cátedra científica que amordazaba a sus disertantes no permitiendo la libre expresión de ideas políticas. Todo este entorno olía a represión española de viejo cuño.

El hecho de que Palcos expresara su hispanofobia desde la revista *Nosotros*, vinculada amistosamente al sector de Ingenieros y su grupo de criollos desdeñosos con el extranjero, enmarcaba la discusión en un ambiente social hostil que resentía la presencia española como factor de interés y atracción hacia el lector culto. El malhumor de este sector podría resumirse como la reticencia a aceptar que España pudiese ser nación capaz de proveer al americano de lo mejor de la ciencia del viejo continente. Palcos afirmaba que en España el panorama científico era tan opaco, atrasado y primordial como el argentino donde científicos como Cajal, apenas sobrevivían con pensiones magras.

Este exabrupto desde la revista *Nosotros* volvía a poner sobre el tablero americano todos los ingredientes de la famosa polémica sobre la ciencia española, reciclándose esos fantasmas que Ortega en su *Meditaciones del Quijote* y en varios artículos deseaba depurar. La nueva sensibilidad que propuso desde el Teatro Colón para la velada literaria de la revista *Nosotros*, y en nombre de un siglo que se iniciaba, contenía una ruptura radical con la segunda mitad del siglo XIX, incluyendo disputas sobre krausismos rezagados y tradicionalismos retrógrados. *Meditaciones del Quijote* era un grito de superación a estas estériles discusiones que ahora renacían en Buenos Aires.

En 1916, la colectividad se puso en pie de guerra al ver su proyecto cultural y a su fundador y visitante de honor vilipendiados por un positivista argentino. Al ponerse en tela de juicio al Ortega reformista de *El Imparcial*, donde había declarado caduca y decadente la herencia española, incluyendo la España tradicionalista de Menéndez Pelayo, insidiosamente Palcos citaba trozos de los artículos juveniles en que Ortega habría medido la densidad y el bajo nivel científico de su pueblo. El ataque fue tan virulento y personal de tono, que siguiendo las pautas de la Cultural nadie involucrado directamente con la Institución salió al paso para contestarle. El diario *La Época* de Buenos Aires tomó el desafío a cuenta propia, contestándole a Palcos tres jóvenes, Benjamín Taborga, Eduardo Cuevas y José Gabriel, que en aquel entonces merodeaban en torno al novecentismo. En un artículo titulado "Ortega y Gasset y *Nosotros*"<sup>45</sup>, contestaban a Palcos argumentando que una cosa era que un español hiciera un análisis crítico de su sociedad y otra que un argentino se erigiera en censor de ella. Los tres jóvenes insistían en que eran juicios para españoles que

<sup>45</sup> Recortes del diario *La Época*. Archivo de la Fundación José Ortega y Gasset.

al pasar por el extranjero debían ser aquilatados. Según estos contrincantes, Palcos poco y nada sabía de la historia de España, requisito indispensable para poder evaluar tan complicado debate desde una óptica argentina.

Para Palcos, Ortega como la mismísima Cultural, no podían ser representantes de la ciencia liberal, lugar que ocupaba en Argentina la España institucionalista – krausista, como habría afirmado Ingenieros. Eran estos españoles la excepción en un páramo científico cuyo gran representante era el demoleador Menéndez Pelayo. La célebre polémica de la ciencia española con todos los prejuicios acumulados seguía al rojo vivo, repitiéndose hasta el cansancio desde América, trayendo y llevando viejos argumentos que esta vez involucraban al propio Ortega. La situación era delicada ya que en este primer viaje se vería cuestionado en su honor científico, junto al de la Cultural y la colectividad que le financiaba los cursos. A lo largo de su estadía, Ortega no perdería de vista en discursos oficiales la reivindicación del prestigio de la Junta para Ampliación de Estudios en el que descansaba el éxito de la Cultural.

Los periodistas de *La Época* comenzaron defendiendo el honor personal de Ortega, indicando que precisamente su *Meditaciones del Quijote* iniciaba una manera “cervantina” de evaluar la historia pasada, que nada tenía que ver con la España tradicional. Argumentaban estos jóvenes que a la obra de Ortega no se la estaría interpretando correctamente, como tampoco a la historia de España. Se acusaba a Palcos de arrastrar una “hispanofobia difícil de erradicar”, lo que le ponía fuera de un juicio objetivo. A Palcos lo encasillan en el derrotismo del 98, pesimismo que Ortega rechazaba en su sociedad, entre los argentinos “snobs” buscando atención a costillas de desprestigiar todo lo hispano.

La polémica se agudizó cuando Palcos respondió a sus adversarios rebajando el valor profesional del profesor de la Cultural inflado por los halagos de una colectividad que revestía de rosa todo lo español y generaba un patriotismo barato, “epidérmico”. Este mismo patriotismo les permitía dormir tranquilos al borde de un volcán internacional. Como otros miembros de la revista *Nosotros*, Palcos repudiaba la neutralidad española en la guerra y mezclaba en este asunto la supuesta “germanofilia” de Ortega, aún cuando éste no se expidió al respecto. En cuanto a las acusaciones de hispanofobia, Palcos respondió que no odiaba a España sino las insulseces sobre las cuales muchos españoles levantaban edificios de barajas. No esconde su desconfianza hacia la Cultural, entidad que no sólo sustentaba con su dinero pequeñeces sino que aspiraba a extender lo mejor de la inexistente ciencia de España entre los argentinos. Y como si fuera poco, Palcos arremete contra la Junta para Ampliación de Estudios de Madrid, desconfiando de sus méritos y rescatando únicamente a su presidente Ramón y Cajal que no era en su opinión síntoma de adelanto científico de un país, sino del poco dinero invertido en proyectos científicos de

envergadura. Insinúa Palcos que en la Península había un ambiente francamente hostil hacia el científico, algo que ya habría sugerido el mismo Ortega en su juventud rechazando a los señoritos frívolos que se llevaban el dinero del Estado en vez de mantener a humildes científicos sin coches o queridas. Palcos no minimiza tampoco la situación de Argentina, país que se caracterizaba por invertir poco dinero en ciencia y científicos y donde los milagros de la ciencia eran esporádicos.

Desde un punto de vista de la libertad de expresión, no acepta Palcos que cuando las verdades sobre España las decía un nacional o alguien de la colectividad, fueran entonces válidas. Cuando las críticas venían de fuera no servían de referencia. No creyendo que las críticas pudieran tener dos caras ya que ostentan el mismo rostro y hablaba el mismo lenguaje en cualquier latitud, esta pretensión sería hipocresía. No contento con denigrar a la Cultural, la Junta de Madrid y la colectividad, ridiculiza el discurso de Avelino Gutiérrez y a los melifluos términos poéticos que habría empleado en la presentación de su profesor electo. Salpica a la vez a la reputación filosófica de Ortega a quien califica de pensador “sin realidades tangibles”, sugiriendo que su pensamiento flota en el plano superior de las abstracciones platónicas sin tocar tierra. Para ser más hiriente todavía, insiste en vincularlo con las glorias del dogma católico que según Palcos eran premisas básicas del conservadurismo de la Cultural.

Comienza con este ataque descomedido de Alberto Palcos el cuestionamiento sistemático hacia el Ortega activista quien parecería estar dejando de lado sus preferencias políticas al afirmar que los partidos políticos eran estructuras caducas e inútiles. A este evasor de realidades concretas se lo podría calificar de poeta más que de filósofo. Se le otorga el talento de subyugador de la palabra, meditador que sabe hacer exquisita literatura pero no filosofía o ciencia. El carácter meridional de Ortega que habría destacado con entusiasmo Gutiérrez en su presentación, circulando por el alcázar florido y alfombrado entre perfumadas damas de alcurnia, era para Palcos indicio de la morbosa frivolidad del entorno y de un pensador que se dedicaba a ser filósofo de señoras y poetas.

Esta discusión la cierra Palcos afirmando que un periódico como *La Época* no era lugar idóneo para discusiones filosóficas de envergadura. El debate merecía menos pirotecnia de palabras con las que fácilmente se embaucaba al lector. Se pone fin a este largo e intrincado duelo de resentimientos hispanos asegurando Palcos al lector que él no era escritor de simplezas literarias, ni estaba en su ánimo destilar antiespañolismo. El pensador realmente cree en las relaciones de las ciencias naturales con la filosofía, verdad científica que, por de pronto, los ignorantes periodistas no pueden evaluar correctamente y el mismo Ortega se habría dado el lujo de despreciar.

En medio de este sorprendente debate entre Palcos y *La Época*, con la reputación de Ortega zarandeada durante el transcurso de sus conferencias para la Cultural, al iniciar la tercera charla muchos profesores se le acercaron al disertante para pedirle disculpas por este desagradable episodio. Será precisamente en esta tercera conferencia en que Ortega incitará a las jóvenes generaciones argentinas a que se conozcan a sí mismas para poder valorar los problemas peculiares de su país con soluciones independientes e innovadoras. El cultivo de la ciencia original y de ideas propias aparecía como prioridad, dejando de lado los resentimientos heredados de leyendas negras y de malhumores antihispanos que la colectividad soportaba y debía superar como conciencia de decadencia nacional.

Desde este contexto conflictivo, Ortega inicia su campaña rupturista en América proponiendo nuevas sensibilidades para dejar atrás este tipo de pasado agobiante. En los comentarios de la prensa argentina, aparecen los estímulos de Ortega impulsando a la espléndida y joven América –con su porvenir de prosperidad económica– a que permanezca vigilante para forjarse un futuro más previsor. El *Diario Español*, sensible a la reputación española en juego, dejará entrever que Ortega alentaba el optimismo argentino e impulsaba a los intelectuales a repensar los caminos de la ciencia argentina que no deberían ser imitación del positivismo desplegado en la universidad.

Poniendo distancias entre el europeo y la nación joven, Ortega –desde el Teatro Odeón de Buenos Aires– apelará a la nueva sensibilidad en común de un siglo que se inicia con un nuevo régimen de atención. Llama a las nuevas generaciones a que rompan con el pasado más reciente y reafirma su postura reformista vulnerada y desestimada por sus adversarios, recordando a su público en esta ocasión que con otros hombres de nuevas generaciones de su país “más fuertes que yo, más puros que yo, he luchado por renovar la conciencia española y por ello he vagado el mundo en busca de las más abstractas disciplinas”<sup>44</sup>.

La velada para la revista *Nosotros* fue un gesto magnánimo por parte de Ortega hacia un medio que había publicado “los exabruptos de Palcos en nombre de la libertad de expresión”. Libre de compromisos con la Cultural, Ortega en esta velada abría su corazón y desnudaba sus sentimientos ofreciendo su morada íntima a una audiencia donde abundaban jóvenes y mujeres que llevaban en sus corazones el divino descontento argentino, una emoción idealista con una proa siempre en ruta al más allá. Con este nuevo diálogo confesional, Ortega se adentraba en la sociedad argentina ganándose a un público porteño difícil de

<sup>44</sup> *Meditación del pueblo joven y otros ensayos sobre América*. Madrid: Alianza, 1981. “El novecentismo” (1916). VII, 565.

conquistar, sobre todo desde la colectividad española, cerrada en su propia esfera de españolidad a la defensiva.

Después del baño de hispanofobia criolla, Ortega no se quedará atrás en sus críticas hacia las fraternidades hispanoamericanas, denunciando los banquetes y champagne que celebraban una supuesta unión hispanoamericanista desde el sector oficial. Con estos gestos huecos, que no era auténtica colaboración, no se tocaban los verdaderos resortes vitales de los argentinos. Ortega ponía distancia entre las proximidades oficialistas –que eran mera ficción de sociedades enfermas– y la España vital a la que él pertenecía. En la España oficialista se autogeneraban sin sentido muchos mitos y deseos incumplidos. La verdadera lucha por renovar la conciencia española arrancaba de la España ascética, la del Escorial. No deja de contrastar esta España adusta y severa de larga historia, con la blanda Ribera del Plata llena de muñones nostálgicos y de esperanzas germinales provenientes de inmigraciones de incompleto destino. Percibe Ortega que, debajo del descontento nacional argentino influían raíces perdidas que todavía no constituían del todo la nacionalidad argentina.

Al predicar abiertamente en esta velada benéfica el rupturismo generacional entre hijos, padres y maestros, al desahuciar la tradición como mística asfixiante, Ortega no sólo animaba al joven argentino a romper amarras; incluía a la colectividad todavía prendida sentimentalmente a esa voz lenta, y letal de nodriza, de madre dulce que cuenta el buen cuento junto al fuego de invierno. En los “dolores sublunares” que según Ortega ataba al inmigrante o al residente español a la madre patria, percibía la larga trayectoria nociva de la conciencia hispana pesimista que delataba Atienza en 1903. La adhesión al mito de la decadencia española era uno de aquellos escenarios de combate que debían superar las nuevas generaciones para avanzar en la creación de un porvenir de raza ascendente con enorme potencial cultural. Es importante destacar que Ortega hablará en esta velada con el “alma argentina”. En la despedida de la Cultural apelará al alma española, símbolos ambas de la prosperidad de esta joven sociedad haciéndose nación y ensayando una nueva forma de vida universal: la americana.

En su última intervención porteña para el Instituto Popular de Conferencias<sup>45</sup>, al dejar caer sus impresiones sobre la Argentina, Ortega tocó el asunto candente de las universidades nacionales, el urgente afán de poseer la Universidad en sentido plenario. Aprovechará este debate para restaurar el prestigio de la Junta para Ampliación de Estudios y poner en perspectiva el problema de la educación española. “Hace más de dos siglos que en España se perdieron

---

<sup>45</sup> “[Impresiones de un viajero]”, en *Meditación del pueblo joven*, ob. cit., p. 25. “Conferencia”, III, 176.

las grandes tradiciones universitarias. Tampoco nosotros gozamos hoy de este supremo incitador de cultura, por lo menos no hemos logrado su plenitud. Pero, aunque no poseemos Universidad suficiente, creo que llevamos la ventaja de sentir con toda prisa y afán su necesidad y emprender sin descanso ensayos de mejora. Día a día surgen nuevos proyectos de transformación, corríjense los miembros inválidos del edificio, pruébanse artificios para garantizar la competencia del profesorado y anualmente es disparada una porción de nuestros jóvenes a los países extranjeros, los cuales al retorno vierten en el ambiente espiritual de España efluvios internacionales". En este proceso de intercambio cultural europeísta se apoyaba la Cultural, y aunque Ortega era crítico del espíritu "practicista" del argentino –que, como buen americano no le permitía ir más allá de lo rentable–, en la Cultural llegará a apreciar el hispanismo "pragmático" de Avelino Gutiérrez en el sentido que iba a las cosas con disciplina y rigor.

En esta ocasión, Rodolfo Rivarola, decano de la Facultad de Filosofía y Letras, opinará que la cirugía que estaría practicando Ortega en Buenos Aires, aun dentro del sector positivista al que pertenecía, era un buen signo, y confiaba que de este fructífero intercambio estaría naciendo una saludable reforma que aunque rasgaba la epidermis de la vanidad nacional y universitaria, era motivo de gratitud y de unión espiritual para acercar las ciencias de dos pueblos. Rivarola públicamente agradece a la Cultural y a la colectividad, en nombre de los intelectuales argentinos, reforzando el mensaje de Estanislao Zeballos desde el diario *La Prensa* donde se agradecían las semillas que había dejado caer Ortega como producto de las altas mentalidades de España dispuestas a asociarse a la docencia del país<sup>46</sup>.

En la conferencia para la Patriótica Española en noviembre de 1916, Ortega recordará a Concepción Arenal y a quien ya era mito de la ciencia liberal americana, a Giner de los Ríos, reiterando su manera "cervantina" de entender un paisaje sentimental, y la voluntad española que despertaba empresas patrióticas desde el corazón. Al tocar el alma española no hará mención alguna a la actualidad de ese país; se limitará a dejar caer un mensaje que será el de sus *Meditaciones del Quijote*, insistiendo en apartarse de odios para permitir que florezca el espacio de la comprensión íntima entre personas, regiones y naciones.

Al diario *La Prensa* y a sus lectores, sin duda les atraía más el mensaje orteguiano de la España contemporánea que el de la España imperial del pasado cervantino o del Escorial. Destacaba el diario de los Paz, el mensaje de Ortega de sacar a España de su letargo de cara al porvenir, con nuevas generaciones

<sup>46</sup> *Anales*, ob. cit., tomo I, pp. 203-204.

dispuestas a vencer a sus abuelos. Ortega apuntaba incluso a españoles del porvenir que serían un tipo humano distinto. Los *Anales* en cambio rescatarán otros grandes hitos del pasado, valorando junto a Giner de los Ríos a la Generación del 98 que habrían sido según frase de Ortega, “el rosal con el humus para nutrirse y producir rosas coloradas”<sup>47</sup>. Este manejo del pasado, ya sea el antiguo como el más reciente, era cosa delicada. Se utilizaba según las prioridades de cada sector y de los lectores que interpretan la historia de España acomodándola a intereses personales o de partidos de turno.

Lo que nunca desarrolló Ortega en su plenitud en ningún momento de su visita de 1916 fue el espinoso problema de la unión española, sus regionalismos y particularismos que aparecerán como la esencia del problema español en *España invertebrada*. El diario *La Nación* vinculó la charla de la Patriótica sobre imágenes de España con la identidad española definida por Ortega en torno a la unificación nacional desde Castilla<sup>48</sup>. No era la primera vez que a Ortega se le planteaba, desde la colectividad, esta situación de definir la nacionalidad española sugiriendo que –en su variedad– debía permanecer la unidad de un poder central dinámico que, por la conformación histórica de su pueblo, debería ser Castilla. En otra ocasión habría aludido brevemente a que la periferia, Cataluña y el País Vasco debían exigirle a Castilla mayor excelencia. El ideal de integración, de unidad superior con un corazón plural, aparecía tenuemente sugerido en esta charla amena. No descartamos que, con el lento rumiar de los años, estos temas pendientes llegaran hasta su análisis más omnicompreensivo en *España invertebrada* y que estuvieran bien presentes en su ensayo las múltiples *Españas* de ultramar que compartían el mismo dilema del individualismo paralizador y exigían explicaciones concretas al problema de España para salir de la inmovilizante enfermedad.

Al brindar Ortega junto a la colectividad en el banquete de despedida –evento en el cual estarían presentes Rivarola y Carlos Octavio Bunge–, aprovecha para agradecer y encomiar a la Junta para Ampliación de Estudios por haber hecho posible el fructífero intercambio científico que se iniciaba en medio de un conflicto bélico internacional. Le contesta Avelino Gutiérrez atribuyéndole el triunfo de la Cultural a la seductora magia de este profesor que habría cumplido con creces su misión. Gutiérrez no ahorra palabras afirmando que “por

<sup>47</sup> *Anales*, ob. cit., tomo I, p. 190.

<sup>48</sup> En el diario *La Prensa* bajo el título de “Diario de un español. Una meditación del Escorial” –29 de abril, 1913, (incluido posteriormente en “Meditación del Escorial”, *El Espectador* VI, II, 658-659, 925-926)– ORTEGA amplía este tema de Castilla como la gran unificadora, asunto delicado que volverá a ser reflatado en 1916 en su Conferencia para la Patriótica Española bajo el rótulo de “Imágenes de España”.

vuestra labor, el concepto espiritual de España se cotiza hoy un poco más alto en esta orilla del Plata, se aprecia en más a la colectividad española y se ha prestigiado nuestra institución”. Sintetizando años de esfuerzo para llevar a acabo dicho intercambio, Avelino al igual que Ortega, opinaba que la guerra debía traer síntomas de renovación. El verdadero pueblo español estaría dando signos de transformación “y por cierto que no es menos significativo la aparición de espíritus rebeldes” como el de Ortega<sup>49</sup>.

Avelino Gutiérrez, con su filosofía pragmática de científico de cátedra y estudio, alienta el esfuerzo mancomunado de los jóvenes españoles, y al propio Ortega a perseverar en la tarea transformadora tan anhelada por generaciones anteriores. En este contexto afirmaba que debían mantener la resolución de quijotes, persiguiendo estoicamente ideales nuevos. No nacía el esfuerzo por generación espontánea sino por esfuerzos anónimos de buena ley de la cual ellos eran ahora representantes.

Al reconocer Avelino Gutiérrez que estos jóvenes se debían a generaciones anteriores, matizaba el rupturismo expuesto por Ortega en la velada de *Nosotros*. El resurgimiento de la Patria, insinuaba el presidente de la Cultural, se debía a unos y otros. Les pedía a estas generaciones innovadoras, incluyendo a Ortega, que estuvieran dispuestas a soportar agravios<sup>50</sup>.

No se le escapaba a Gutiérrez con su larga experiencia negociadora, la difícil compenetración entre España y las nacionalidades hispanoamericanas. Afirmaba que el proceso secesionista comenzó “el día mismo en que liquidamos nuestro imperio”. Desde esta fecha, el 98 –aseguraba el presidente de la Cultural, en presencia del embajador de España Soler y Guardiola–, se habría comenzado a trabajar desde Argentina para convertir lo viejo en nuevo y para el engrandecimiento espiritual desde donde proviene la expansión material. Para Gutiérrez, el alma española no se cerraba en los límites de la Península; se extendía hacia América y afloraba en nacionalidades diferentes cuyas diversidades tenían que ver más con lo accidental que con lo fundamental. No le preocupaban los matices y las variedades, porque éstos sólo contribuían a un armónico impulso de unidad hispanoamericana, pero tampoco se contentaba con las relaciones fecundas entre España y los países de Iberoamérica. Le interesaba también que la mentalidad española se abriera para recibir el estímulo de las múltiples Españas que conviven en estos pueblos americanos.

Nadie tenía tan claro el lento y penoso proceso que significaba revertir la conciencia de decadencia hispana y el esfuerzo por superar la enfermedad es-

<sup>49</sup> *Anales*, ob. cit., tomo I, p. 205.

<sup>50</sup> *Anales*, ob. cit., tomo I, pp. 205-207.

pañola, como este cirujano, anatomista, amigo personal de Cajal y catedrático en la universidad de Buenos Aires. Sentía Gutiérrez la urgencia de la reciprocidad del intercambio para que España se *aggiornara* y viniera a América como nación renovada. Este ideal que encarnaba la presencia de Ortega, aquella esperanza de innovación que desde tiempos de Atienza anhelaban los espíritus más finos de la colectividad, se estaría volviendo realidad. A la colectividad, Gutiérrez le exige trabajo y persistencia para continuar desarrollando estos vínculos, insistiendo en que la misión de la Madre Patria era desarrollar lazos más estrechos con las sociedades hispanas, aceptando las colectividades, a su vez, a una nueva España “tomándola en el mismo punto y hora en que vive, sin despreciar nada de lo que es esencial”. Daba a entender Gutiérrez que la quisquillosa colectividad –llena de reivindicaciones y reclamos españolistas, de hispanismos de centenarios patrios–, debía saber conducirse entre lo tradicional y lo moderno. Asegura que la Cultural tenía esta finalidad y que trabajaría para desarrollar una relación de respeto mutuo. La Cultural tenía como prioridad alentar la acción individual, los estudios de investigación y el ser una tribuna abierta donde se darían a conocer los mejores frutos de investigación a ambos lados del Atlántico. También serviría de unión entre España y la colectividad, y de lazos con la sociedad argentina.

Detrás de las palabras de despedida del presidente de la Cultural no sólo se afirmaban las metas de este intercambio con Madrid, sino que se dejaba bien consolidado el perfil científico-cultural que transformaría para siempre la imagen negativa de España entre los argentinos. Ortega era la persona indicada para llevar a cabo esta transformación porque se iba del país habiendo estrechado vínculos sociales íntimos con dicha sociedad. Entre las preocupaciones que suscitaba este despegue exitoso, reconfirmaba Gutiérrez que la Institución no sería reducto político, ni regional, ni religioso de ningún sector determinado, como tampoco de intervención gubernamental. Se excluían los partidismos de turno, la injerencia de la monarquía o de los políticos visitantes.

Ortega se había mantenido cuidadosamente dentro de estos parámetros definiendo esencialidades. Éstas irritaban al “comprometido” con la realidad política pero cumplían con las metas de dicho intercambio, que incluía el porvenir europeísta de España. Todos estos matices científicos y diplomáticos están presentes en este primer viaje del 16, estableciendo Ortega en todas sus conferencias sutiles distancias y acercamientos dentro del frágil equilibrio argentino del crisol de razas y en un país que compartía la misma lengua castellana. Ave-lino, conocedor de su gente, admitía que el concepto patria era asunto complejo y de confusos sentimientos.

A ello añade Ortega ante sus colegas españoles que “cada cual tiene su visión de España, y yo he perdido mi juventud usando de todas mis horas en la

lucha por una España vital”<sup>51</sup>. Quedarán flotando en el aire en esta despedida de la Cultural muchas partículas intimistas que Ortega incorporará a su larga docencia argentina. La *España invertebrada* donde ampliará conceptos sobre la articulación e incorporación de grupos y regiones de España –principal eje de la descomposición social española– no sería asunto menor. Se iba de Argentina con la convicción de que España no se destruiría “por nuestros pecados”. Al agradecer a la colectividad sus esfuerzos por mejorar a España desde América, dejará caer su ideal de una raza hispanoamericana como una nueva nacionalidad superior que emergería en un nuevo panorama de incorporación continental.

En cuanto a su cuestionada imagen reformista, Ortega se despide en noviembre del 16 en el banquete de la Cultural asegurando que ha dedicado años de lucha contra la España oficial y que las dos Españas –tan traídas y llevadas por la mitología española– no son la liberal y la tradicionalista sino la oficial y la vital. Ortega recrea una nueva categoría distinta a la de Palcos, Ingenieros y demás cultores de la España negra, manteniendo prudente distancia del tradicionalismo que dividía a los españoles en ortodoxos y heterodoxos y del positivismo progresista dogmático. Insinuaba que la línea divisoria pasaba por otro horizonte defectuoso.

En su despedida afirmaba que en su vida no hubo nada más áspero, “que esta vida de combate contra el ambiente constituido”. Su defensa será la de una España vital y unida contra los atropellos de la burocracia oficialista que tanta exasperación producía entre los españoles de América. Ante una colectividad argentina escéptica por el desgaste de años de sordera oficialista e incomprensión de la España inoperante, Ortega se pone del lado de la España poco ruidosa, de vida honesta, diligente, que deja en la Península una huella humilde pero severa y respetable. Y afirma que el verdadero problema de los españoles es que no saben distinguir entre personas y valores. Secularmente son propuestos los peores sobre los mejores. A Ortega le parece que le ha llegado la hora al hombre honrado. El éxito depende de la exactitud con que realiza su faena y que se ponga el hombre adecuado en el lugar adecuado. En el caso de Avelino Gutiérrez, siente que se ha llevado a cabo esta selección correcta ya que no es hombre de listas oficiales. En todo momento de este evento, Ortega recoge los elementos más sensibles de la conciencia española. Tanto por el lado de Gutiérrez como por Ortega, se honró y mantuvo alta la estima por Ramón y Cajal y la Junta de Madrid como verdaderos símbolos de la España adusta trabajando silenciosamente para revertir la imagen negativa del país.

<sup>51</sup> *Anales*, ob. cit., tomo I, p. 207.

En su recorrido por las provincias argentinas, especialmente en Rosario, Ortega habría reiterado sus quejas sobre la España oficial ampliando conceptos psicológicos –no políticos– sobre el concepto de Patria y atenuando excesivos patriotismos que se podían volver aberración. Tocar este delicado asunto entre las colectividades implicaba redefinir el patriotismo, que tenía dos dimensiones: la del pasado y la del porvenir.

El error patriotero era aferrarse al pasado cubriendo de alabanzas insensatas hechos que no eran más que descalabro y horribles amarguras nacionales. Ortega le propone a la colectividad un sano patriotismo de cara al futuro y hacia una nueva prosperidad. Aprovecha la imagen popular de don Francisco Giner como modelo de patriotismo respetado y nada exacerbado. Esta figura emblemática del krauso-positivismo institucionista, era recordada en Argentina como titán de una educación laica y libre que había tenido que luchar a brazo partido contra la España eclesiástica, antiliberal y teocrática. En Uruguay encontró Ortega la misma devoción por este español ejemplar, que acaba de morir y compartía su reputación liberal con Joaquín Costa y Unamuno.

A lo largo de esta prédica de patriotismo para la colectividad, Ortega aseguraba que la enfermedad de España era asunto complejo, incluso en su país donde seguía siendo una ingrata cuestión. Tanto en América como en la Península, subsistía el ideal de renovación de España como impulso generador de una nación recuperándose de una larga anemia histórica.

Aunque Ortega puso en marcha su fina diplomacia para no desprestigiar a encumbrados españoles del siglo pasado que representaban renovaciones, regeneracionismos, restauraciones e idearios de todo tipo dando respuestas al problema nacional, su predica será persistente: había que dejar atrás estas generaciones pasadas, con todo respeto, para mirar hacia el porvenir. No era fácil ser sepulturero de viejas tradiciones entre colectividades susceptibles, llevando en su historia interna tantas honras heridas.

Ortega era consciente de que el patriotismo eficiente de la Cultural despertaba reservas en algunos sectores. Sus mensajes rupturistas de cara al futuro y al europeísmo de España debían ser matizados ante los americanos. Por otro lado, en medio de una guerra mundial tampoco el viejo continente era ejemplo de civilización. La juvenil conciencia sudamericana estaba confusa y traumatizada con su propio proceso de hacerse nación democrática, con la doctrina Monroe pesando sobre sus espaldas. Con malabarismos verbales y con gran habilidad mental, Ortega dejó Sudamérica sembrando ideas provocadoras con un mensaje que actuaba, según ciertas opiniones argentinas, de “narcótico”.

La variedad de propuestas abiertas sembrando dudas y buscando nuevas rutas alternativas, se prestaba a la anarquía juvenil o al rigor mental, según se interpretaran sus palabras. Lo que no se cuestionaba en las colectividades era

que este español representaba al hombre del nuevo siglo. Avelino Gutiérrez intercambió correspondencia con Cajal y Castillejo orgulloso del éxito de este profesor que redundaba en prestigio de España y de sus actividades científicas. Se lo catalogó como una “de las mejores inteligencias de nuestra época”, suscitando vivas simpatías hacia España en varios sectores del país. Para Gutiérrez

han sido ampliamente cumplidas las metas de la Junta y la misión universitaria encomendada al Sr. Ortega y Gasset.

Suscitando viva simpatía hacia España y sus hombres de ciencia, satisfizo plenamente los móviles de nuestra Institución<sup>52</sup>.

Después de este triunfo tan rotundo, el sucesor de Ortega era todo un problema. Gutiérrez consultaba a Madrid sobre quién podía suplantar tanto éxito y entusiasmo. La elección recayó en 1918 sobre un matemático que enfrió el ambiente de las reverberaciones orteguianas. Pero él también representaba un asunto muy discutido en la polémica de la ciencia española: la ausencia o la poca presencia de matemáticos en España. De esta carencia se derivaba el atraso tecnológico y en otras ciencias experimentales fundamentales para el avance de una nación moderna. Ésta cuestión habría preocupado tanto a Menéndez Pelayo como a Cajal. Muchos protagonistas de esta compleja polémica medían la deficiencia científica de España mirando hacia las matemáticas. En 1915, en el Congreso de Valladolid el joven Julio Rey Pastor dio una conferencia sobre “El progreso en las ciencias y el progreso de las ciencias en España”<sup>53</sup> donde afirmaba que la cuestión de las matemáticas era todavía asunto prematuro que exigía conocer antes la posición exacta de España respecto de la cultura mundial en este orden de conocimientos.

El tema de las matemáticas había aparecido en los cursos de Ortega en Argentina en 1916 y reaparecerá en sus conferencias sobre *Qué es Filosofía* de 1928.

En aquellos años Rey Pastor dialogaba con espíritus modernos, amantes del progreso, y por tanto patriotas; con hechos y no con discursos. El no venía a demoler mitos sino a construir sobre estas valoraciones. Acerca de la presencia o ausencia de matemáticos en España, su lúcido análisis separaba las ideas triunfantes de las ideas vencidas sabiendo que la historia de la ciencia de su pa-

<sup>52</sup> *Anales*, ob. cit., tomo I, p. 208.

<sup>53</sup> Este texto fue un extracto de su libro *Los matemáticos españoles del siglo XVI*. Contiene la parte polémica del discurso de apertura del Curso 1912-1913 en la Universidad de Oviedo. *La polémica*, ob. cit, pp. 479-486.

ís estaba en pañales como para poder evaluar adecuadamente este asunto. Lo que sí detectó Rey Pastor era la deficiencia de los planes de enseñanza y de educación superior, que dejaban mucho que desear en esta rama del saber humano. Prevalecía en ella una ciencia secular sembrada de “ideas al voleo” donde arraigaban algunas nociones germinativas abriendo tenuemente nuevos horizontes. Ante los más intransigentes vindicadores de la ciencia española, admite la ausencia de grandes matemáticos en España, la falta de investigadores y modestos obreros para construir esta ciencia que requería de bibliotecas y literatura científica inexistente en su país. Con la Junta para Ampliación de Estudios, que ya enviaba a investigadores al extranjero, esta situación comenzaba a revertirse.

Avelino Gutiérrez, al despedir a Rey Pastor en 1918, con orgullo afirmaba que “España, por obra de los profesores que han regentado nuestra cátedra, empieza a ser conocida en su valor científico, como un factor eficiente y nada despreciable”<sup>54</sup>. Se muestra satisfecho con lo valioso de los intercambios intelectuales porque renuevan y suscitan la curiosidad científica de los jóvenes. No cree que la Cultural hubiera llegado aún a cumplir su meta pero estaba en el camino acertado convirtiéndose en organismo vivo al que todavía le faltaba crecer y desarrollarse. Pide a sus miembros que sigan contribuyendo moral y materialmente a dicho proyecto. A la Junta de Madrid le agradece la acertada selección de profesores. En el caso de Rey Pastor su paso no fue fugaz: se casó con la hija mayor de Avelino Gutiérrez y se radicó en Argentina, ocupando una cátedra de Matemática en la Universidad de Buenos Aires que dejó una fértil semilla científica en el país.

Con los años, Rey Pastor continúa interviniendo en esta polémica sobre la ciencia española desde el diario *La Nación*. El 30 de mayo de 1926 se publica un extracto de su libro sobre *Los matemáticos españoles del siglo XVI* bajo el título de “Las ciencias exactas en el Siglo de Oro Español”<sup>55</sup>. Esta presencia española en Argentina –que además de profesor era magnífico escritor–, con su incorporación a la Universidad de Buenos Aires resultó ser un finísimo crítico de la reforma universitaria de Argentina puesta en marcha al poco tiempo de la partida de Ortega y que no acababa de madurar científicamente. En 1919 el doctor Bernardo Houssay al sintetizar la obra docente de Pi y Suñer en la Facultad de Medicina admitía que Argentina y España tenían problemas culturales, cientí-

<sup>54</sup> *Anales*, ob. cit., tomo I, p. 312.

<sup>55</sup> Este texto fue un extracto de su libro *Los matemáticos españoles del siglo XVI*, que contiene la parte polémica del discurso de apertura en la Universidad de Oviedo. Ver *La polémica*, ob. cit., pp. 479-486.

ficos y éticos parecidos. Impulsar las ciencias puras era una prioridad impostergable que la Cultural hacía suya para beneficio de ambas sociedades<sup>56</sup>.

Con Rey Pastor se añadía otro eslabón exitoso de la ciencia española que comenzaba a dar frutos en la universidad porteña. Aun los contrincantes más empedernidos de Ortega o D'Ors comenzaban a rescatar de la debacle científica a Pi y Suñer y otros representantes de las ciencias especulativas y aplicadas. Los comentarios de la *Revista de Filosofía* –adversa a Ortega–, aprovechaban los éxitos de las ciencias exactas de la Cultural para establecer cuáles eran los límites de la verdadera ciencia española llegada a Buenos Aires. En este sentido, tendrían mejor prensa Marañón, Turró y más tarde Terradas.

Indudablemente, estos científicos provenientes de la medicina o las ciencias duras, a la hora de evaluar méritos académicos tendrían más éxito dentro del positivismo argentino que el autor de *España invertebrada*, *El tema de nuestro tiempo* y *La rebelión de las masas*. En esta última obra, Ortega se cuestionaba entre otras cosas, la barbarie del especialismo anglosajón pero no a las mentalidades científicas de su patria que ya rendían los frutos de su severa formación europea desde la Cultural.

De estas tres obras mencionadas, que los *Anales* de la Cultural encuadran en la dirección psico-estética y política de la escuela filosófica de Madrid, *España invertebrada* dejaba varios frentes abiertos en la polémica de la ciencia española, que ya había recogido la revista *España* a nivel de disputa regionalista entre vascos y catalanes enredándose Grandmontagne, Unamuno y Zulueta en la contienda<sup>57</sup>.

En este ensayo, Ortega abordaba el problema de España dentro de un doble contexto, el nacional invertebrado y el más amplio europeo. Ramón y Cajal en 1897 ya había incluido entre los factores de debilidad nacional el provincialismo o regionalismo y el caciquismo como reliquias feudales tan funestas como la miseria económica. Ortega se concentraría en este aspecto de la enfermedad de España, en la falta de vertebración nacional sintetizando y ampliando cuestiones que no quiso discutir con la colectividad de Buenos Aires. Los compartimentos estancos de regiones, grupos étnicos y profesionales, gremios, políticos y oficios, eran divisiones que también subsistían en las colectividades cerradas dentro de sí en sus centros provinciales y porteños. Esa España poco elástica,

<sup>56</sup> *Anales*, ob. cit., tomo I, p. 430.

<sup>57</sup> M. UNAMUNO, "Sobre el imperialismo catalán", *Hispania*, 16 de julio, 1911. Resulta interesante otro artículo del 5 de mayo, 1911 de Juan S. JACA, donde replica a Unamuno acerca del individualismo vasco. Esto da a entender cuán atentas habrían estado las colectividades de América a estos asuntos de invertebración nacional, donde el individualismo o particularismo eran características de los pueblos hispanos.

polarizada, con problemas de incorporación nacional, se daba, aunque en menor grado en Argentina, porque en estos países de ultramar la inserción a una nueva patria era proceso inevitable que si bien quitaba intensidad al regionalismo invertebrado no dejaba de exacerbarlo en un hispanismo reivindicativo.

Hay temas que Ortega desarrolla en esta obra, como el particularismo, –conocido en Argentina como el individualismo español– que ya eran asunto de discusión en escritores como Ricardo Rojas y otros críticos argentinos que buceaban en las idiosincrasias de un pueblo haciéndose nación dentro de una estructura federalista. Los nacionalismos regionales –sobre todo los separatismos de la periferia, el catalán y vasco que eran pujantes y prósperos en América– no dejaban de tener su impacto en las colectividades sudamericanas difíciles de cohesionar a nivel nacional. La noción orteguiana de que España era “cosa hecha por Castilla”, fue uno de los temas que sobrevolaron en los discursos de Buenos Aires pero que no se analizaron como movimiento histórico o como teoría de descomposición social y eje del problema nacional. De cara a los argentinos, *España invertebrada* proponía otro llamado formal a la ruptura generacional como rechazo al siglo XIX. El mensaje de la ausencia de los mejores, de minorías selectas en la segunda parte del libro, entraba en un terreno debatido también en América.

Ingenieros ya había planteado este asunto al repensar la relación entre minorías ilustradas revolucionarias, las masas indiferentes y los mitos colectivos arraigados. No es casual que Ortega discutiera la moralidad del poder público, incorporando el modelo norteamericano forma de inmoralidad irritante que no se interponían con el fabuloso crecimiento económico de estas naciones jóvenes. En este análisis, deduce Ortega que más grave que la inmoralidad pública era la disociación que afectaba la raíz de la actividad socializadora.

El hecho social comenzaba a adquirir mayor trascendencia. En Sudamérica era el mayor impulso innovador que según vislumbra Ortega bien llevado sería motor de progreso y mal asimilado podría volverse en tumultuoso descontento frenando la gestión pública hacia el bien común.

En la Argentina, la reforma universitaria de 1918 se hacía desde la rebelión de las masas estudiantiles, uniéndose al movimiento obrero y exigiendo mejor educación, ascenso profesional y social y más igualdad democrática. No es casualidad que la dinámica histórica de estos pueblos jóvenes reaccionara ante estos textos orteguianos con sus reclamos populares desde la articulación del hecho social. Este fue el aspecto que rescatará Carlos Amaya desde *Valoraciones*<sup>58</sup> al comentar *España invertebrada*, reseña que a Ortega le pareció “la nota

---

<sup>58</sup> C. A. AMAYA, “José Ortega y Gasset: *España invertebrada*. Bosquejo de algunos pensamientos históricos”, *Valoraciones*, año I, septiembre, 1923, pp. 43-46.

más exacta que se ha hecho sobre aquel libro mío”. Lo que denota por parte de Amaya “comprensión crítica”.

Amaya percibe que temas específicos como la dispersión peninsular y la empresa unitiva castiza, eran cuestiones que incluían una crítica al Poder Público, ente oficial que en el pasado había triturado la convivencia española persiguiendo fines privados. Detrás de estas perversiones que afectaban a toda la raza española en general, Amaya capta a Ortega ampliando su visión más allá de España y de Europa, hacia la crisis de Occidente en su totalidad.

El libro, según el artículo de Amaya, discutía problemas de gran magnitud para el alma contemporánea. Al juzgar el estado social de su pueblo amodorrado y hermético, víctima de un fenómeno de desintegración y falta de articulación e incorporación nacional, Ortega analizaba la falta de hombres representativos, de cualidades excelentes, que supieran liderar el problema social en toda su magnitud. Las masas carecían de modelos a imitar, pero más grave era la ausencia de esas masas que no contaban con significación social o potencialidad mítica. Amaya cita a Ortega diciendo que en horas decadentes, cuando una nación se desmorona víctima de sus particularismos, las masas no quieren ser masa. El problema es que cada miembro de ellas quiere ser personalidad directora, revolviéndose contra todo lo que sobresale. Las masas descargan su odio, su necesidad y su envidia para justificar su inepticia. Este era el gran peligro de Occidente.

Para Amaya, el libro planteaba la invertebración histórica de todo Occidente al perderse la facultad estimativa de los mejores y dejar a las masas incultas a la deriva. Este argentino rescata del análisis orteguiano una perspectiva histórica que no es lineal, fruto del progreso irreversible, sino de fuerzas sociales que oscilan entre épocas de vigoroso crecimiento y organización y la desintegración. Éste no era solamente fenómeno español sino el fin de un proceso global que se desmoronaba y se autorregulaba en una ecuación dinámica perturbadora a nivel internacional.

Remezones de la polémica de la ciencia española con sus múltiples ramificaciones aparecerán en los años 20 coloreando los prejuicios argentinos respecto del progreso científico de España y el anticientificismo de algunos visitantes, incluyendo Eugenio D'Ors. La Cultural, en el transcurso de los años, irá demostrando que la ciencia en España se estaría poniendo al día con Europa volcando sus conocimientos en Sudamérica por medio de su Institución instalada en Buenos Aires, Uruguay y Rosario. Con el viaje de Avelino Gutiérrez a Madrid en 1920, Altamira proclamaba oficialmente que los argentinos habían aprendido la existencia de una España que no sospechaban. Se rescataban las figuras de Atienza y Medrano y el profesor Carracido –rector de la Universidad Central de Madrid– agradecía a Gutiérrez, al concederle el *honoris causa* de la Universidad

de Madrid, la viabilidad de la raza hispánica en materia científica. Este viaje permitió que se oyeran las voces de Posada y otros protagonistas orgullosos del vuelo que había tomado este intercambio cultural tan efectivo<sup>59</sup>.

Con los años, por la Cultural pasaron biólogos, físico-químicos, matemáticos, médicos, psicólogos, penalistas, lingüistas y literatos, contribuyendo con su ciencia a hacer nación junto a los argentinos. Ellos trajeron en los años 20 y 30 aquellos elementos, “ideas y utensilios” como diría Ortega para confirmar a los argentinos en su vida actual. Parecía haberse superado la polémica sobre la ciencia española en ambos lados del Atlántico.

Sin embargo, un nuevo giro ideológico se interpondrá entre los años 30 y 40 dentro de esta polémica. Por de pronto, al desplomarse con la Guerra Civil española la Junta para Ampliación de Estudios, se perdía para siempre ese andamiaje científico que había sido el eje central del intercambio científico-cultural con América del Sur. El Premio Nobel de Ciencias argentino, el doctor Bernardo Houssay, intentó en 1937 desde Argentina paliar los efectos de este colapso organizando una colecta, fundando una Asociación denominada Junta Argentina de Ayuda a los Universitarios Españoles para financiar al becario que habría quedado a la deriva en Europa<sup>60</sup>.

No hay duda de que La Cultural sufrió el impacto de todo este desmoronamiento y no volvió a ser la misma perdiendo su neutralidad científica en manos del franquismo. Cuando festejó los 25 años de existencia se encontraba en los umbrales de este proceso que Ortega percibe como una curva histórica que se estaría cerrando. Empobrecida España por la Guerra Civil y con una segunda guerra mundial nuevamente poniendo en jaque la existencia europea, las becas de la Cultural para estudiantes organizadas por la República, las asumió el franquismo. En los estatutos fundacionales de la Cultural estaba explícito que dejaba en manos del gobierno español de turno el legado de las becas para españoles en el extranjero que permanecían a la deriva sin la Junta<sup>61</sup>.

Es en este momento crítico de la tangente histórica nacional e internacional en que Ortega traza las relaciones hispano-argentinas, rememorando su primer viaje del 16. Rescata del olvido al primer presidente de la Institución, y a la lla-

---

<sup>59</sup> En *Anales*, ob. cit., tomo I, pp. 473-493, se relatan los éxitos de Gutiérrez en España en 1920.

<sup>60</sup> Esta Asociación contó con las firmas y contribuciones de todos los sectores científicos y culturales de Argentina y con el apoyo de entidades científicas europeas en las cuales estarían cobijándose los becarios españoles.

<sup>61</sup> Los *Anales* decían que en caso de que no existiera la Institución o la Junta de Madrid, el gobierno español debía destinar dichos bienes a pensiones a favor de estudiantes españoles para perfeccionar sus estudios en países extranjeros. Ver tomo I, ob. cit., p. 38.

mada “colonia española”, conservando de todo este pasado y de lo que se acerca la necesidad de avanzar hacia formas comunes de vida, que no eran aproximaciones políticas al nacional-catolicismo sino algo más importante: “la coincidencia progresiva en un determinado estilo de humanidad”. Ortega alienta a los jóvenes a investigar este fenómeno, realizando un trabajo concreto sobre esta idea de una humanidad latina, que luego desarrollará con más detalles minuciosos y genéticos en *Meditación del pueblo joven* y en *Meditaciones de la criolla*.

En Argentina en los años 40 no se cerró definitivamente el ciclo de la polémica sobre la ciencia española en América. Pero se abriría otro capítulo: el de la renovación de esta polémica y de Menéndez Pelayo como eje ideológico del nacional-catolicismo de Franco, que generó un ejército de menedezpelayistas sepultureros de la voz orteguiana bajo una estricta ortodoxia de pensamiento católico integrista. Gregorio Marañón desde Espasa-Calpe de Argentina asumía nuevamente la defensa de Menéndez Pelayo declarando que la polémica de la ciencia española estaba todavía palpitante:

Representa para mí lo más grave de la pugna entre las facciones políticas de España porque ya no se trata de la lucha entre dos masas populares que defienden un ideal esquemático [...] sino de una controversia elevada, consciente, de alta tensión espiritual en la que los combatientes son hombres de categoría superior<sup>62</sup>.

Espasa-Calpe de Argentina reanima el debate con la publicación de ensayos de Marañón y de Rey Pastor en que vuelve a hablarse de la polémica de la ciencia española desde sus orígenes. Las opiniones de Rey Pastor coincidían nada menos que con el centenario del descubrimiento de América, publicando Calpe sus conferencias en un volumen titulado *La ciencia y la técnica en el descubrimiento de América en 1492*<sup>63</sup>.

Desde la Cultural se conmemoraba este suceso en el cual Rey Pastor hace referencia a la historia “envenenada sobre la leyenda negra creada en torno de la colonización española”<sup>64</sup>. En su opinión, no deberían existir ni leyendas negras ni rosas, poniendo en su justo medio los valores con que España habría contribuido a la ciencia universal. Abogaba además por un estudio sereno y técni-

<sup>62</sup> Gregorio MARAÑÓN, *Conferencia en la Real Academia de Medicina, diciembre de 1954. Sobre nuestro siglo XVIII y las Academias*. Buenos Aires: Espasa-Calpe Argentina, 1941, pp. 39-69, cita p. 45.

<sup>63</sup> *La ciencia y la técnica en el descubrimiento de América*. Buenos Aires: Espasa-Calpe Argentina, 1942.

<sup>64</sup> *Ibidem*, p. 145.

co por becarios jóvenes o especialistas sobre la empresa colonizadora de España. Cita a Menéndez Pelayo como ejemplo de un estudioso que sesenta años atrás habría exigido estudios sólidos y macizos sobre estos temas que no se realizaron, dejando a la deriva afirmaciones gratuitas acerca de este gran evento mundial. Lo mismo habría insinuado Ortega a su público argentino en sus conferencias sobre Luis Vives y a los estudiantes de La Plata, recordándoles que gracias a la técnica naval española se descubrió el nuevo continente.

En este ambiente, el término patriotismo y españolismo volvían a adquirir un acento combativo entre liberales y tradicionalistas. En el entorno del nacional-catolicismo instalado en el país, Calpe de Argentina publica en el 46 *Ensayos liberales*<sup>65</sup> de Marañón. En ciertos ensayos reunidos, su autor advierte que pese a que hubo eminentes figuras destacadas por Menéndez Pelayo, la ciencia en España no había sido preocupación general.

Cajal, figura venerada por la Cultural de la mano de Avelino Gutiérrez, según Marañón, había logrado que la ciencia española dejase de ser patrimonio esporádico, pero parecía tambalearse su esfuerzo en medio de tanta fragmentación civil. Se habrían logrado conquistas científicas hechas por españoles, pero coincidía Marañón con Cajal en que España seguía atrasada. No era decadente, ni su raza habría decaído por completo pero su rendimiento científico respecto de Europa era insuficiente.

Estos temas polémicos volvían a estar presentes en medio de la pasión y la bandería política que habían dividido a España. Se regeneraban para ocupar nuevamente un lugar en el debate de la hispanidad dentro de un franquismo estructurado en el menendezpelayismo más acérrimo y ortodoxo. Bajo el nacional-catolicismo retornaba la historia de España en sentido católico y tradicionalista. Esta tendencia deshacía la sutil trama historicista que durante años Ortega habría sembrado desde *La Nación* con su razón histórica laicista.

Es en este complicado entorno en que una personalidad tan respetada como Marañón revolvió nuevamente en las entrañas de esta ingrata polémica en los inicios de un fuerte movimiento menendezpelayista que le obliga a repensar el rol de este español y sus sentencias aplastantes. Resulta interesante y quizás oportuno encontrar en una publicación nada afín al régimen franquista, en *Sur* de Victoria Ocampo, un artículo de Guillermo de Torre reviviendo este asunto en julio de 1942, en medio del Centenario en que el prestigio de Rey Pastor asumía el rescate de la tecnología náutica, de la astronomía y de la metalurgia que permitieron la explotación científica de las riquezas minerales del Nuevo Mundo a lo largo del siglo XVI.

<sup>65</sup> *Ensayos liberales*. Buenos Aires: Espasa-Calpe Argentina, 1946.

Marañón había removido desde Argentina la historia de España desde el siglo XVIII en conferencias dadas en Buenos Aires y Montevideo, algunas auspiciadas por *Sur*, mientras Ortega se ensimismaba en su silencio respecto de estos asuntos. A los pocos meses de la partida de los Ortega de Buenos Aires camino a Portugal, aparecía en *Sur* un artículo sobre “Menéndez Pelayo y las polémicas sobre España”<sup>66</sup>. Guillermo de Torre, desde la izquierda es otro español más que debe enfrentar al Marcelino redivivo que aparecía como personalidad polémica nuevamente en la escena histórica de España a pesar de que el joven Ortega habría en 1906 declarado su desaparición por no tener discípulos. Nunca se hubiera imaginado el joven Ortega –que se empeñaba en enterrar a los protagonistas de la generación de la Restauración– que un día surgiría un ejército de menendezpelayistas que constituyeron una de las bibliografías más densas de la cultura española durante más de 40 años de régimen nacionalista.

El artículo de *Sur* anticipaba el rumbo que tomaría esta discusión en España bajo la sombra obsoleta y sectaria de eruditos de provincia y clérigos integristas que marcaban el sesgo ultramontano que tomaría esta controversia. Y lo más peligroso en tiempos de posguerra y represión era la aceptación de la tesis de Menéndez Pelayo en la *Historia de los heterodoxos españoles*, (nuevo manual del nacional-catolicismo), sosteniendo que la planta exótica herética, que no era española, debía ser erradicada y eliminada del suelo patrio. Temía Guillermo de Torre, en medio de un ambiente represivo en que se declaraba en España el fin oficial de la Junta para Ampliación de Estudios con un decreto menendezpelayista, que en vez de aclarar puntos de vista y borrar distancias se abriera una brecha más honda para dividir a los españoles en bandos irreconciliables. Guillermo de Torre menciona la purga de la Institución Libre de Giner de los Ríos y de la Junta para Ampliación de Estudios cuando desde el régimen “se monopolizó oficialmente el culto menendezpelayesco”. Este cambio horrorizaba a cualquier positivista o liberal argentino de fuste.

En este clima tenso, cargado de venganza y reivindicaciones de posguerra se renuevan viejas controversias sobre historicidad neocatólica desahuciadas por Ortega, que habían sido propiedad exclusiva de los tradicionalistas. Recuerda el articulista que desde la revista católica argentina *Criterio* en 1928 él mismo había rescatado al Menéndez Pelayo literato con gratitud, por haber alumbrado los orígenes de la literatura hispanoamericana y modernizado sus utensilios críticos. Aficionado y experto en asuntos literarios, desde *La Nación* había alabado al polígrafo por su grandeza literaria discutiendo con el público argentino

---

<sup>66</sup> G. de TORRE, “Menéndez y Pelayo y las polémicas sobre España”, *Sur*, julio, 1942, pp. 75-88 y agosto, 1942, pp. 58-71.

si tenía o no Menéndez Pelayo vigencia doctrinal, recogiendo las opiniones de Rey Pastor y Marañón respecto a si se excedió o no en su evaluación de la herencia científica en la historia de España.

La realidad contundente para estas fechas era que el autor de la *Historia de los heterodoxos españoles* y la *Polémica de la ciencia española* volvía a actualizarse. Se lamentaba Guillermo de Torre ante un selecto público argentino –como era el de *Sur*–, que la nueva escisión de España volviera a abrir esas “mal cicatrizadas polémicas finiseculares” detrás de las cuales resurgían odios viscerales contra el krausismo, la educación gineriana y todo pensador laicista o liberal que corrompía juventudes. Convendría mencionar que entre las recuperaciones y restauraciones historicistas del régimen no aparecía la docencia laicista orteguiana. Según indicaba Torre, se comenzaba a exaltar figuras del pasado con entronque “al actual delirio imperial”.

Para quienes han querido incluir a Ortega dentro de la órbita del nacional-catolicismo de Franco basta consultar la extensa bibliografía menedezpelayista para palpar la exclusión de su pensamiento y de su mensaje americanista, docencia que formó a generaciones de españoles a la sombra de su razón histórica o razón vital. Su obra intelectual fue silenciada y censurada tanto en España como en el Instituto de Cultura Hispánica de Argentina, prestándose de tanto en tanto a tergiversaciones del sector falangista o a tímidas propuestas de acercamiento a su pensamiento hispanoamericano que se perdieron en el tiempo.

La *Defensa de la Hispanidad* de Ramiro de Maeztu<sup>67</sup> sería un eslabón importante en las nuevas interpretaciones neocatólicas de la historia de España de cara al Nuevo Mundo, adoptando las teorías de Menéndez Pelayo. Maeztu, de regreso de América, se quejaba de que se habían negado las dos fuentes históricas de la comunidad de los pueblos hispánicos: la religión católica y el régimen de la monarquía católica. A raíz de la disolución del imperio, del protestantismo europeo, del enciclopedismo francés, las leyendas negras de una América martirizada por obispos y virreyes o por las clavijas del nuevo coloso del norte, del comunismo ruso y el materialismo liberal anglosajón, se habría generado una crisis de hispanidad hasta hacer creer a la América hispana que era inferior y atrasada. En defensa del ideal hispano, Maeztu critica de soslayo el humanismo relativista y laicista de Ortega; censura su dirección europeísta en detrimento

---

<sup>67</sup> *Defensa de la Hispanidad* de MAEZTU se fue gestando a partir del retorno de éste como embajador de Argentina en 1930. Este gran ideólogo de derechas católicas desde Acción Española retomó el legado y defensa de Menéndez Pelayo extendiendo su visión para incorporar a toda la hispanidad (Hispanidad va con mayúsculas; es como si pudiéramos Cristiandad) americanista. Consultamos la tercera edición de Valladolid, 1938.

de una solución casticista e imperialista católica y le recrimina su republicanismo ingenuo y fracasado.

El ideario de Hispanidad de Maeztu en Argentina tendría gran repercusión en el nacionalismo católico de los años 40 en adelante. No debería minimizarse el impacto de esta obra que pertenece a la polémica de la ciencia española como rescate histórico-cientificista de las glorias del pasado español incluyendo la evangelización de América. Se sublevaba Maeztu contra las amenazas de incesantes y permanentes insultos a la que estaban sometidos todos los pueblos de raza hispana por su herencia española de raigambre católica.

Al recorrer Guillermo de Torre históricamente para el lector de *Sur* esta larguísima polémica sobre la ciencia española abierta desde 1782, no aparece Maeztu. Entre los antecedentes y participantes más modernos mencionaba Torre al *Idearium* de Ganivet, los ensayos de Unamuno y la *España invertebrada* de Ortega y Gasset de quien se cita la frase “la historia de España entera, y salvo fugaces jornadas, ha sido la historia de una decadencia” aunque luego aclara que éste era un concepto que Ortega relativizó prefiriendo definirla como un defecto de constitución nacional.

Opinaba Torre que las causas de la decadencia tenían en esta larga disputa interpretaciones para todos los gustos: hay quienes se la achacaban a los Austrias, a la Conquista de América, a la pérdida de libertades medievales, a la intolerancia inquisitorial, a la literatura del desastre del 98, a la pérdida del imperio colonial, a la oligarquía y caciquismo, a la abulia actual, a la irreligiosidad, a la pérdida de voluntad, a la baja oligarquía dominante, al extranjerismo y abandono de la tradición teocrática. “Y así hasta el infinito”.

La culpabilidad española volvía a surgir como “la enfermedad del masoquismo español”, definida así por Joaquín Costa. En los años 40, Ortega intentó superarla con su razón vital, nueva sensibilidad y europeísmo unitario—; aun así, volvería a aparecer como una mancha negra inflamada por la represión de la posguerra franquista.

El estado patológico mental del viejo fanatismo español se ponía en marcha nuevamente con la España evangelizadora, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio, que era para Menéndez Pelayo en su *Historia de los heterodoxos españoles* “nuestra grandeza y nuestra unidad: no tenemos otra”. Torre está bien consciente de esta nueva etapa que se inicia en su país y es por este motivo que rescata la sinuosa trayectoria de esta controversia siempre sangrante en la sociedad española y en la conciencia laica argentina.

La voz discrepante de Ortega ya no se hacía sentir en ninguna de las dos conciencias de España, la de derechas o izquierdas incommunicantes. Parecía que el problema de España, con sus purgatorios intermedios no tenía soluciones moderadas y esto preocupaba al autor de este artículo. En sus dos direcciones ex-

tremas, el mapa espiritual español no podía absorber el sutil pensamiento orteguiano, lleno de matices y esencialidades críticas. Tampoco la Europa beligerante estaba predispuesta a zonas grises o al análisis psicológico de las naciones confrontándose brutalmente.

Como insinuaba el articulista de *Sur*, el lema orteguiano de otros tiempos que sustentaba que “España es el problema y Europa la solución” tampoco en 1942 parecía viable. Opinaba que la solución tendría que venir desde dentro, “del meollo de los seres”. Y para redondear la futura epifanía de su nación atormentada, toma un *slogan* de Ortega, el de la integración nacional vía Europa. Esta no se daría durante más de cuarenta años de dictadura menéndezpelayista. Sin embargo, al desideratum orteguiano de una democracia europeísta le llegó su hora de madurez, momento en que se volvió a oscurecer esta polémica sobre la ciencia española en una nación donde la ciencia y tecnología ya están instaladas de cara a la Unión europea.

Con un nuevo tipo de hombre español que conlleva en sus entrañas el ideal orteguiano del afinamiento de la raza y su inevitable inserción en la ciencia y cultura del continente, quedaba clausurada la polémica de la ciencia española y la búsqueda de definiciones sobre el ser de España. Pero seguirá sin resolver, como asignatura pendiente para sudamericanos, lo que Palcos habría insinuado y lo que Ortega había indicado en Argentina: las consecuencias de la poca inversión en técnica y ciencia que se estaría dando en la América hispana respecto del asombroso desarrollo del coloso del Norte. Ortega en *España invertebrada* había vaticinado que éste habría sido el motivo de su gigantesco crecimiento al comentar que “las estrellas de la Unión son hoy una de las mayores constelaciones del firmamento internacional”.

Esta es quizás la gran lección que los argentinos deberían aprovechar de esta célebre polémica con sus causas y efectos superados en España pero ahondándose cada día más, al extenderse la brecha científica y tecnológica entre Norte y Sur del Continente. Con ciertas modificaciones, la *España invertebrada* muestra hoy día los mismos síntomas de nuestra enfermedad nacional y el atraso de una Argentina paralizada por particularismos individualistas. Nación en otros tiempos pujante, como intuyó Ortega social, política y geográficamente, no se cohesionó como nación, permaneciendo a pesar de su federalismo tan invertebrada como lo fue la España de los años 20. Pero éste es asunto que pertenece a un complejo debate historicista con los argentinos que merece capítulo aparte pero que no dejó de entrecruzarse con la polémica sobre la ciencia española y con la razón histórica de Ortega desde la plataforma abierta de la Institución Cultural Española. ●